

Saberes de otro género

Emigración calificada y relaciones intergeneracionales en mujeres argentinas y chilenas

María Fernanda Stang*

Alejadas de las urgencias de los que recorren más vulnerables los caminos de la migración (esos fugitivos de la vida imposible, a decir de Eduardo Galeano), invisibles para los debates sobre las implicancias de la emigración de “recursos humanos” calificados en “el desarrollo”, las mujeres migrantes calificadas parecen haber quedado en el interregno entre la curiosidad científica y la preocupación política. Sin embargo, esta tierra de nadie es un escenario ideal para explorar lo que sucede con las relaciones de poder intergeneracionales ante la experiencia migratoria, puesto que se supone que la calificación introduce una variación no menor en este campo de fuerzas. Es en este terreno donde pretende inmiscuirse este artículo, a partir de las vivencias de un grupo de migrantes calificadas argentinas y chilenas¹ que residen en destinos extrarregionales, a los que han llegado en los últimos 15 años.

La primera parte del documento da cuenta del marco teórico desde el que se construyó el objeto de la investigación (explicitando el modo de entender la migración contemporánea, el poder, el género y la calificación). El segundo apartado contextualiza los flujos de emigración calificada en las últimas cuatro décadas de la historia de Argentina y Chile, especialmente del campo académico. La tercera parte, finalmente, explora las persistencias y corrimientos en las relaciones de poder intergeneracionales a partir de las trayectorias y experiencias migratorias de las entrevistadas. A ellas está dedicado este trabajo, en un intento de agradecimiento que nunca será suficiente.

Primera parte: Ya lo dijo Marx. Las razones capitales de la migración

La emergencia de la migración como objeto del discurso científico es un asunto reciente: de la segunda mitad del siglo XX. Por estos años, un crecimiento rápido y sostenido de la economía, la descolonización y los procesos de desarrollo emergentes en el tercer mundo, intensifican la migración interna e internacional y contribuyen a la irrupción de este tipo de enunciados. Pero a pesar de esta breve historia, han sido numerosos los enfoques teóricos propuestos para el abordaje de este proceso social —mejor dicho, se han construido varios objetos/migración—. Este trabajo parte por entender que la migración internacional contemporánea se explica, sobre todo, por las características de la actual fase del sistema capitalista y la desigualdad en las relaciones entre países que lo caracteriza, rasgo que es a la vez condición y condicionante de su funcionamiento. El punto de partida es, entonces, el resultado de la vinculación entre algunos elementos con que la teoría de la dependencia y la teoría del sistema mundial se explican los movimientos migratorios.

Marx ya había ligado los problemas demográficos a las necesidades de acumulación del capital. Al producir, a través de su trabajo, tal acumulación, los obreros generaban un sobrante relativo de población, es decir, una sobreoferta relativa de mano de obra (relativa porque no era real, sino que era tal en relación al promedio de aumento del capital). Esta era, para Marx, la primera ley de población del sistema de producción capitalista, una ley cuyo carácter histórico el autor se preocupa de enfatizar: “Hay que tener en cuenta que cada sistema de producción social tiene su propia ley de población, aplicable sólo en el particular momento histórico en que transcurre” (Marx, 2005: 196-197). Esta ley de población, entonces, corresponde a las postrimerías de la fase capitalista de libre competencia y los comienzos de la etapa de concentración y centralización del capital, y tenía una clara intencionalidad: “la existencia constante de una superpoblación relativa mantiene la ley de la oferta y la demanda de trabajo a tono con las necesidades de explotación del capital, afianzando el poder de mando del capitalista sobre el obrero” (Marx, 2005: 206)².

La noción de dependencia, definida como “una situación en la cual la economía de determinados países está condicionada por el desarrollo y la expansión de otra economía, a la que están sometidas las primeras” (Dos Santos, 1971: 43), sigue teniendo un alto valor para explicar la situación de los países periféricos como consecuencia y parte integral del proceso de expansión mundial del capitalismo —y la migración como un componente de estas transformaciones de la formación social capitalista³—, aunque este vínculo dependiente haya modificado su “naturaleza”. Esta modificación tiene que ver con la internacionalización del proceso productivo y, más recientemente, con el fenómeno de “financiarización” de la economía.

La internacionalización del proceso de producción supone la fabricación de diferentes partes de un producto final en diversas localizaciones alrededor del planeta, relocalización que también ha ocurrido en el área de los servicios. La dependencia subsiste a través del sentido que toman estos desplazamientos, de los países centrales hacia los periféricos, que ofrecen “ventajas comparativas” a las empresas-redes, básicamente, una mano de obra más barata (Harnecker, 1999). Con la financiarización se alude a una primacía de la lógica financiera por sobre la lógica productiva en el proceso económico mundial. Este fenómeno se aprecia en el aumento sin precedentes de las transacciones financieras, y en un comportamiento de empresas e inversionistas dirigido a buscar rentas financieras antes que ganancias en el proceso productivo (Giraldo, 2005). La nueva modalidad se inicia durante los años setenta, cuando el estancamiento económico y la disminución de la tasa de ganancia llevan a los capitales a desplazarse hacia la esfera especulativa, que les asegura una tasa de retorno mucho mayor. Se trata de otra faceta de la dependencia, pues el proceso acentúa la desigualdad entre los países periféricos y los centrales⁴.

La relación entre estos dos procesos de la actual formación social capitalista y el fenómeno poblacional de la migración internacional contemporánea es clara. Como una estrategia para reducir costos ante un incremento de los salarios en las economías “locales”, los países centrales intervienen en los periféricos a través de inversiones directas. Las empresas transnacionales se establecen en ellos para aprovechar las condiciones favorables que suponen la alta productividad y el bajo costo de su mano de obra, empleada para la producción de bienes para la exportación. La difusión de las relaciones capitalistas de producción, que desplazan a las relaciones pre-capitalistas allí donde se instala el capital transnacional, transforma a las personas en trabajadores migratorios, y en potenciales emigrantes (Sassen, 2003b). Mientras esto ocurre, la concentración de las funciones de servicios y gerenciamiento en grandes ciudades, sobre todo en las “ciudades globales”⁵, crea las condiciones para la absorción de este flujo de inmigrantes, que se localiza principalmente en el sector de los servicios.

La financiarización, por su parte, ha tenido un efecto nefasto en muchas economías latinoamericanas. La evidencia aparece en la coincidencia entre los dos grandes ciclos económicos que se han presentado en la región desde los años setenta y el proceso de financiarización de la economía mundial. Tales ciclos se han caracterizado por una entrada de capitales externos, acompañada de la aceleración del crecimiento económico, que desemboca en una crisis seguida de una etapa de deterioro económico y de fuga de capitales. Durante el primer ciclo, que se extiende desde la segunda mitad de la década de 1970 hasta comienzos de la de 1990, los recursos llegaron en forma de endeudamiento, y en el segundo, que se inicia entonces y llega hasta la actualidad, lo hicieron como inversiones de portafolio y privatizaciones. El cambio en la naturaleza de los recursos durante el segundo ciclo es posible gracias a una serie de medidas aplicadas por los gobiernos regionales, siguiendo las “recomendaciones” emanadas del Consenso de Washington. Las burbujas financieras ocasionadas por estos procesos —entrada de capitales, expansión del crédito y salida abrupta de recursos—, y el rol que le ha cabido a los Estados en este fenómeno de volatilidad financiera —básicamente, compelidos a una “austeridad fiscal” que, en el discurso neoliberal, se traduce en una contracción de las políticas sociales— han deteriorado las condiciones socioeconómicas de la población (Giraldo, 2005), contribuyendo con los flujos migratorios desde la periferia hacia el centro del sistema.

Entonces, “la inmigración es un proceso principal a través del cual una nueva economía se está constituyendo” (Sassen, 2003b:17). Una masiva transición demográfica ha sido parte de la constitución de esta nueva economía, transición que ha supuesto un aumento de la presencia de mujeres, afroamericanos e inmigrantes del tercer mundo en numerosos países centrales. Y, así como la sociedad se dualiza a causa de estas transformaciones de la formación capitalista, también los flujos migratorios son cada vez más duales, constituidos, por un lado, por trabajadores sin calificación, y por otro, por personas altamente especializadas. Así aparecen en escena los actores de esta investigación: los migrantes calificados y las mujeres migrantes.

Mujeres y saberes migrantes

La migración femenina se constituye como objeto de investigación en la región durante la década de 1970, hasta entonces puede hablarse de una invisibilidad de las mujeres como actrices de los procesos migratorios. La percepción de este vacío comienza con la fuerte incidencia de la segunda ola feminista de los años

setenta en los estudios sociales, y el incremento de los flujos migratorios femeninos en las décadas de 1980 y 1990 (Jiménez Julià, 1998)⁶. De entre las formas que ha tomado esta visibilidad, y en coherencia con el punto de partida teórico adoptado, se entiende aquí que hay una relación sistemática entre la constitución de esta economía global capitalista y la feminización de la mano de obra en una gama amplia, y en crecimiento, de sectores económicos: “la globalización de la economía no actúa separada de los sistemas de creación de desigualdades de género” (Balbuena, 2003: 4).

Los procesos económicos internacionales no son ni han sido neutrales respecto del género. Durante la etapa de penetración de las transnacionales emergentes en busca de materias primas y alimentos en los países periféricos, el trabajo invisible e impago de las mujeres en el ámbito doméstico y en la agricultura de subsistencia permitió a las empresas extranjeras mantener los sueldos de los asalariados de las plantaciones y las minas a niveles extremadamente bajos. Luego, durante la internacionalización de la producción industrial, se movilizó una gran mano de obra femenina en los países pobres donde se habían instalado las empresas, bajo una presión por obstaculizar el fortalecimiento de los sindicatos en sus países de origen. Estas mujeres, que hasta el momento habían estado al margen de la economía industrial, le permitieron a las grandes empresas mantener precios competitivos en sus bienes re-importados ensamblados en el exterior (Sassen, 2003a).

Actualmente, los procesos económicos globales abrirían paso a la incorporación de mujeres e inmigrantes —y mujeres inmigrantes— en actividades de atención a los sectores estratégicos que se ocupan de los servicios especializados, las finanzas y el gerenciamiento de tales procesos. Y aunque la escasez de trabajos que traten específicamente la migración de mujeres calificadas no permite hacer afirmaciones tajantes, es posible pensar que este tipo de migración también es parte de esta desigual división del trabajo según el género⁷.

La problemática de la migración calificada adquiere una creciente relevancia, en el ámbito académico y en los organismos internacionales, en las décadas de 1950 y 1960, en el contexto del fin de la segunda guerra mundial y los procesos de descolonización en África, Asia y el Caribe (Pellegrino, 2001a). Desde la impronta histórico-estructural de la teoría de la dependencia, este tipo de desplazamientos migratorios son leídos en este trabajo como procesos que, respondiendo a las necesidades de expansión del sistema capitalista, refuerzan y perpetúan las desigualdades entre países centrales y periféricos, que a la vez operan como sus causales⁸.

La demanda de personas calificadas en el ámbito de las tecnologías por parte de los países centrales es ya un fenómeno estructural⁹ (D’ Costa, 2005), potenciado por lo avanzado de su transición demográfica, lo que ha generado un envejecimiento de sus poblaciones y una reducción de las cohortes de jóvenes que ingresan anualmente al mercado de trabajo. Otro importante factor que contribuye a este escenario, coherente con esta demanda, es la apertura de las políticas migratorias a este tipo de ingresos, que se extiende incluso a países tradicionalmente cerrados a la inmigración, como Japón¹⁰. Estos elementos hablan de una competencia por personal calificado entre muchos países centrales, que también abarca a las corporaciones transnacionales (Pellegrino y Martínez, 2001; Pellegrino, 2002).

La creciente interdependencia económica a escala mundial ha hecho que las empresas transnacionales, en su afán competitivo, recurran tanto a la incorporación definitiva de trabajadores extranjeros como a su contratación estacional, generando una alta rotación de puestos de trabajo en un amplio espectro territorial, que es posible por la flexibilización del mercado laboral operada, en mayor o menor medida, a nivel global. El hecho de que el sector público internacional se localice sobre todo en las capitales de los países centrales también contribuye a un flujo de personas calificadas desde los países periféricos hacia aquellos, atraídas por salarios y beneficios competitivos a nivel internacional y carreras estables (Solimano, 2005).

Otras manifestaciones de las estructuras objetivas que subyacen al fenómeno de la emigración calificada desde los países periféricos hacia los centrales son las diferencias salariales y en las condiciones de trabajo. La cuestión salarial es asunto de debate en este campo temático. Aunque importante, el de los ingresos no siempre es el factor determinante en la decisión emigratoria de las personas con calificación (Pellegrino y Martínez, 2001) —una valoración excesiva de este causal implica caer en el reduccionismo neoclásico, según el cual los migrantes buscan como destino aquellos países donde los retornos económicos a sus calificaciones educativas son mayores—. Según Pellegrino (2001a), no puede hablarse de una relación

concluyente entre la propensión migratoria de los profesionales y técnicos y el lugar que ocupan en la escala salarial en sus países de origen.

La brecha en el desarrollo científico y tecnológico entre los países centrales y los periféricos, relevante y en aumento, hace que las condiciones de trabajo, la infraestructura disponible, la facilidad de acceso al instrumental y los materiales necesarios —componentes importantes de las posibilidades de realización profesional— se transformen en otros elementos de atracción para las personas calificadas (sin adherir al abordaje simplificador de las explicaciones *pull and push*). La hegemonía económica de las corporaciones multinacionales, con subsidiarias en algunos países periféricos, no ha demostrado tener efectos de desarrollo científico que pudieran revertir esta desigualdad (Pellegrino y Martínez, 2001; Pellegrino, 2002).

El debilitamiento de los proyectos de desarrollo nacional en algunos países de América Latina, explicado en buena medida por el proceso de financiarización de la economía, y la oposición de sectores del campo académico y cultural a la violencia de Estado que pusieron en práctica varias dictaduras en la región —entre ellas las de Argentina y Chile— son parte de la explicación del fenómeno de la emigración calificada (Pellegrino y Martínez, 2001).

Otro nudo temático dentro de esta problemática se produce respecto de lo que algunos aluden como “sobreferta” de profesionales y académicos en el mercado laboral regional, y que otros califican como “subutilización”. Los primeros ponen el acento en la excesiva generación de profesionales y técnicos por parte del sistema educativo superior, los segundos enfatizan la incapacidad del mercado de absorber recursos calificados, pero ambos coinciden en relacionar la problemática con la expansión de los sistemas educativos que experimentó la región a mediados del siglo XX, de la mano de un importante crecimiento económico y de la transformación de sus estructuras productivas. Pellegrino (2001a) discute las opiniones que se enrolan en la postura de la sobreoferta, señalando que entre los países considerados importantes expulsores de personas calificadas hay algunos como Bolivia, con una baja proporción de profesionales y técnicos en su población activa, y otros como Argentina, donde la situación es exactamente la inversa. Los partidarios de la idea de la subutilización explican que la escasa absorción laboral no se condice con la rápida generación de oferta de personas con formación profesional y técnica (superior a la de la fuerza de trabajo no calificada, y sobre todo en las mujeres), y que esto generaría inactividad involuntaria, desempleo abierto, subempleo, desalarización y terciarización —algunos datos actúan como evidencia de esta explicación¹¹—. Pero lo que eluden ambas argumentaciones es la relación estructural de este fenómeno social bifronte con el estadio actual del sistema capitalista, un aspecto que es preciso indagar —la mercantilización del sistema de educación superior en varios países es uno de sus rostros—.

La realización de estudios de posgrado en el extranjero suele ser otro detonante de la decisión emigratoria. A la valoración de este tipo de formación, que responde a las reglas de funcionamiento de un campo académico que es parte de una formación social capitalista periférica, debe sumársele una acción deliberada de los países centrales por captar estudiantes extranjeros, a través de las políticas de becas sobre todo, pues el proceso de formación puede constituir un buen mecanismo de selección de los estudiantes más destacados (Pellegrino, 2002). Se agregan una ampliación de la oferta educativa extranjera y una reducción de sus costos (Martínez, 2005), en un contexto de crecimiento del “mercado de suministro de servicios educativos”, y de un intento por liberalizarlo en el marco del AGCS (Acuerdo General de Comercio de Servicios) (Rodríguez Gómez, 2005)¹².

Del empoderamiento al poder: los motivos de un viraje

Una pregunta crucial que ha introducido la perspectiva de género en la problemática de la migración femenina es si el proceso migratorio es capaz de producir cambios en las desiguales relaciones sociales entre hombres y mujeres, o, a la inversa, si tales relaciones desiguales inciden en el proceso migratorio. Son estos planteamientos los que detonan la interrogante inicial de esta investigación: ¿se produce algún tipo de empoderamiento de las mujeres calificadas al migrar? Sin embargo, y a poco andar, la noción de “empoderamiento” resultó inapropiada para dar cuenta del proceso social en el que se pretendía hurgar. Es importante explicitar las razones del viraje desde esta noción al concepto de poder foucaultiano —que las teorizaciones del *empowerment* dicen seguir en buena medida (Denman et al., 1999)— porque no se trata sólo de un matiz teórico, sino que incide en la forma de construir y abordar el objeto de esta investigación.

Las definiciones más convencionales afirman que “el empoderamiento debe consistir en introducir dentro del proceso de la toma de decisiones a las personas que se encuentran fuera del mismo. Ello pone un fuerte énfasis en el acceso a las estructuras políticas y a los procesos formalizados de toma de decisiones y, en el ámbito económico, en el acceso a los mercados y a los ingresos que les permitan participar en la toma de decisiones económicas” (Rowlands, s/f: 2). En clave de género, se habla de un “proceso por medio del cual las mujeres incrementan su capacidad de configurar su propia vida y su entorno, una evolución en la concientización de las mujeres sobre sí mismas, en su estatus y en su eficacia en las interacciones sociales” (Denman et al., 1999: 190). Quienes lo analizan en una perspectiva a la vez personal y social lo definen como “un proceso para cambiar la distribución del poder, tanto en las relaciones interpersonales como en las instituciones de la sociedad” (Denman et al., 1999: 192, citando a Netty Stromquist), o como “un proceso selectivo, consciente e intencionado que tiene como objetivo la igualación de oportunidades entre los actores sociales” (Durstun, 2000: 34).

Revisando estas definiciones más usuales, la incapacidad del concepto de echar luz sobre el proceso social que se pretendía investigar surgía de varias razones:

- La noción de empoderamiento reduce el ejercicio del poder a la toma de decisiones, cuando el poder es más bien un tipo particular de relaciones entre individuos (Foucault, 1990b), una situación estratégica compleja en una sociedad dada (Foucault, 1990a).
- En consecuencia, supone que ejercer el poder implica acceder a estructuras u organizaciones que lo posibiliten, adhiriendo, de modo subsidiario, al postulado de localización (Deleuze, 1991), según el cual el Estado es el lugar privilegiado del poder (Foucault, 1995). Para la perspectiva foucaultiana, en cambio, hay que prestar atención a la microfísica del poder, puesto que éste es omnipresente, es decir, “se está produciendo a cada instante, en todos los puntos, o más bien en toda relación de un punto con otro” del campo social, en un juego de relaciones móviles y no igualitarias (Foucault, 1990a: 113). De este modo, la red de relaciones de poder construye un tejido muy extenso que atraviesa todos los aparatos e instituciones, sin localizarse exactamente en ellos.
- Parte de pensar en personas desprovistas de poder y, por derivación lógica, en que el poder puede poseerse, cuando el poder no se posee, sino que se ejerce. No es una propiedad sino una estrategia, algo que está en juego (Foucault, 1995). Creer que el poder se posee sustenta, por otro lado, la idea de que puede cambiarse su distribución, lo que no significa que quienes en ciertas situaciones se encuentran en posiciones desfavorables en las relaciones de poder, no puedan cambiar esa situación.
- Supone la existencia de personas que conscientemente hacen “uso del poder”, cuando el poder es intencional pero no subjetivo, es decir, el poder se ejerce con una serie de miras y objetivos, pero no por ello es el resultado de la decisión de un sujeto individual.
- En algunos casos, se concibe esa “posesión” del poder como homogénea (es decir, se adquiere de una vez y, por lo tanto, es idéntica en todos los ámbitos y relaciones), cuando en realidad si se acepta que el poder, en vez de poseerse, se ejerce, se admite que el poder se construye en cada relación y cada campo, y por lo tanto es variable; los “estados de poder” son siempre locales e inestables (Foucault, 1990a). Ese ejercicio es diferente en la familia o en el Estado, en las relaciones de educación o de producción, por ejemplo.
- Se apoya en el mito occidental de que el saber (la toma de conciencia, el descubrimiento de la verdad) libera, y en este caso, empodera. Pero “la verdad es de este mundo”; se produce gracias a múltiples imposiciones, “está ligada circularmente a los sistemas de poder que la producen y mantienen, y a los efectos de poder que induce y que la acompañan” (Foucault, 1995: 189). Ejercer poder, entonces, no supone hacerse consciente de “la verdad”, sino descubrir los mecanismos de poder que tornan legítima y aceptable esa verdad históricamente producida. Desde otro marco teórico, pero abonando esta idea, podría decirse que esperar la liberación de las mujeres como efecto automático de la “toma de conciencia” es ignorar “la opacidad y la inercia que resultan de la inscripción de las estructuras sociales en los cuerpos” (Bourdieu, 2000: 57).
- Implícitamente, admite la existencia de una matriz binaria de oposición entre dominadores y dominados en el campo social, cuando el poder viene de abajo, en el sentido de que se trata de relaciones de fuerza múltiples que se forman y actúan en los aparatos de producción, las familias, los grupos restringidos y las instituciones, y “sirven de soporte a amplios efectos de escisión que recorren el conjunto del cuerpo social

[...] Las grandes dominaciones son los efectos hegemónicos sostenidos continuamente por la intensidad de todos estos enfrentamientos” (Foucault, 1990a: 115).

Otro elemento que se enfatiza en la literatura sobre el empoderamiento es que es el grupo, o el sujeto, el que protagoniza su propio empoderamiento, no existe una entidad superior que otorga el poder (Durston, 2000), en otras palabras, “el verdadero poder no se puede otorgar; viene de adentro” (Rowlands, s/f: 4, citando a Talaferro). Sin embargo, pensar que viene de adentro, que nace de uno, implica pensarlo como una propiedad, cuando es una estrategia que se construye en una relación. Si de alguna forma puede decirse, desde Foucault, que el poder “viene del sujeto”, es porque en su forma capilar de existir “se mete en la misma piel de los individuos, invadiendo sus gestos, sus actitudes, sus discursos, sus experiencias, su vida cotidiana” (Escolar, 2004), es decir, ha producido, en cierta forma, ese sujeto social, y lo ha hecho a través de una multiplicidad de dispositivos, organismos, artificios, funciones, tácticas, mecanismos.

Entonces, el poder es entendido en este trabajo como una situación estratégica compleja en una sociedad dada, que puede describirse como “la multiplicidad de las relaciones de fuerza inmanentes y propias del dominio en que se ejercen, y que son constitutivas de su organización; el juego que por medio de luchas y enfrentamientos incesantes las transforma, las refuerza, las invierte; los apoyos que dichas relaciones de fuerza encuentran las unas en las otras, de modo que formen cadena o sistema, o, al contrario, los corrimientos, las contradicciones que aíslan a unas de otras, las estrategias, por último, que las tornan efectivas, y cuyo dibujo general o cristalización institucional toma forma en los aparatos estatales, en la formulación de la ley, en la hegemonías sociales” (Foucault, 1990a: 113), pero que no necesariamente adquiere una cristalización institucional.

El poder no es una instancia negativa cuya función es reprimir, sino una red productiva que atraviesa todo el cuerpo social, que produce cosas, discursos, forma saber e induce placer (Foucault, 1995). Las relaciones de poder son intrínsecas a toda relación (de producción, de educación, de familia, de género, sexual ...), y juegan en ellas un papel a la vez condicionante y condicionado. Y si bien se trata de pedestales móviles y desiguales de relaciones de fuerza que justamente por esa desigualdad, por ese desequilibrio, inducen estados de poder —las relaciones de poder son, a la vez, los efectos inmediatos de la existencia de desigualdades y desequilibrios, y las condiciones internas de tales diferenciaciones—, no hay que perder de vista que donde hay poder hay resistencia, que ésta es coextensiva y contemporánea al poder, que constituye el otro término de la relación de poder, el elemento enfrentador y, al igual que con él, se trata de puntos de resistencia móviles y transitorios.

Esta manera de entender el poder también se nutre de algunos aportes bourdianos, a pesar de que esta problemática no sea parte, al menos no explícitamente, de su trabajo. ¿Es posible acercar estos dos cuerpos teóricos para aproximarse a un mismo fenómeno social sin correr el riesgo de desvirtuar sus propuestas? En principio parece difícil. Quizás el “ruido” más evidente surge cuando se lee que para Foucault no existiría una matriz binaria de oposición entre dominadores y dominados en el campo social, sino relaciones de fuerza múltiples que se forman y actúan en los aparatos de producción, las familias, los grupos restringidos, las instituciones ..., mientras que Bourdieu habla del campo como el enfrentamiento de luchas entre quienes detentan el capital específico de ese campo (los “dominadores”) y quienes aspiran a poseerlo (los “dominados”). Pero la contradicción es aparente. A lo que apunta Foucault es a evitar una reificación de estas posiciones, un anquilosamiento, o una reducción del ejercicio del poder a ciertos ámbitos, campos o dominios a los que suele ligárselo, como el Estado. Pero él mismo se encarga de aclarar que las *dominaciones* son los efectos hegemónicos sostenidos por la continuidad e intensidad de todos estos enfrentamientos, y esta continuidad, en Bourdieu, puede estar dada por la estrategia de clase que articula a todos los campos de una formación social.

Foucault también precisa claramente que “en la medida en que las relaciones de poder son una relación de fuerzas no igualitarias y relativamente estabilizadas, es evidente que esto implica un arriba y un abajo, una diferencia de potencial” (Foucault, 1983: 190); y advierte que “[e]l rasgo distintivo del poder es que algunos hombres pueden, más o menos, *determinar por completo* la conducta de otros hombres, pero jamás de manera exhaustiva o coercitiva, [porque] no hay poder sin que haya rechazo o rebelión en potencia” (Foucault, 1990b: 138). Esas circunstancias en que se puede “determinar por completo” las conductas de otros hombres pueden leerse, en Bourdieu, como la transformación del campo en aparato —un estado

patológico del campo que emerge cuando los dominantes tienen los medios para anular la resistencia y las reacciones de los dominados (Bourdieu, 1990)—. Sin embargo, este es un estado fortuito; en su situación normal, los dominantes necesitan contar con la complicidad objetiva de los dominados que subyace al antagonismo, sin la cual no podría reproducirse el juego.

Si bien es preciso mantener ciertas distancias, al menos la mirada foucaultiana del poder no es excluyente de la concepción bourdiana de la sociedad. Foucault habla del poder como la multiplicidad de las relaciones de fuerza inmanentes y propias del dominio en que se ejercen, y que son constitutivas de su organización. Para Bourdieu, un campo es un conjunto de relaciones entre agentes (relaciones de lucha por la apropiación del capital específico); podría en cierta manera decirse, desde la óptica de Foucault, que se trata de un conjunto de relaciones de poder.

No se busca, con esta digresión teórica, armonizar ambos enfoques, ni siquiera justificar su uso en función de los intereses de la investigación, sino explicitar una mirada de este proceso social que toma prestados elementos de ambas perspectivas. Este viraje teórico tiene varias derivaciones. La primera y más evidente es que ya no se trata de preguntar si se produce algún empoderamiento de la mujer calificada al migrar, sino si ocurre, a partir de esta experiencia, alguna transformación en el “juego” de las relaciones de poder en algunos de los campos de su vida, en este caso —por los límites de esta investigación—, sobre todo, en las relaciones familiares y de pareja, o en qué medida esas transformaciones son propiciadas, obstaculizadas, reforzadas ... por determinaciones históricas —condiciones objetivas— como el carácter de países periféricos de sus sociedades de origen.

La generación del género

Pensar la migración calificada desde una perspectiva de género no supone sólo hablar de las mujeres calificadas que migran: “La mirada de género indaga propositivamente el modo en que la construcción social de lo femenino y lo masculino [...] permea en cada una de sus instancias el proceso social llamado migración” (Ariza, 2000: 20). En este entendido, el género se concibe aquí como un dispositivo, es decir, como un conjunto heterogéneo de elementos discursivos y extradiscursivos (instituciones, disposiciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos; proposiciones filosóficas, morales), relacionados mediante un vínculo de naturaleza peculiar (cambios de posición, modificaciones de funciones, en definitiva, un juego variable en cada formación social histórica), y que tiene una función estratégica dominante estrechamente ligada a ese momento histórico (Foucault, 1983: 185). Esa función estratégica, en nuestra sociedad actual, es la naturalización de las desigualdades sociales, una función ideológica y política que asegura la reproducción de la sociedad de clases (Stolcke, 1999).

La forma en que tres instituciones principales como la familia, la iglesia y la escuela (y los discursos, disposiciones arquitectónicas, normas explícitas e implícitas, etc., ligadas a ellas) han asegurado el funcionamiento del dispositivo de género, puede ser útil para comprender su estructura y operación. Estas tres instancias actuaron objetivamente orquestadas sobre las estructuras inconscientes de los sujetos. La familia, al imponer la experiencia precoz de la división sexual del trabajo y su representación legitimante. La iglesia, condenando las “faltas femeninas a la decencia”, reproduciendo una visión pesimista de las mujeres y la feminidad, inculcando una moral profamiliar de valores patriarcales, y actuando indirectamente sobre la estructura histórica del inconsciente a través del simbolismo de los textos sagrados, de la liturgia y del espacio y tiempo religiosos. La escuela, por su parte, transmitiendo los presupuestos de la representación patriarcal (a través de la homología entre la relación hombre/mujer y adulto/niño), y de los inscritos en sus propias estructuras jerárquicas. También el Estado ha hecho su aporte en esta reproducción (o funcionamiento), ratificando e incrementando las prescripciones y proscriptores del patriarcado privado con las de un patriarcado público (Bourdieu, 2000).

Es cierto que ha habido cambios en los elementos y el funcionamiento del dispositivo, que harían pensar en una relajación de esta dominación. Sin embargo, hay una permanencia en y por este cambio: en el campo laboral, las posiciones que se feminizan o bien ya están desvalorizadas (y por ello ocupadas por mujeres e inmigrantes) o son declinantes; las posibilidades de acceso y la tasa de representación de las mujeres disminuye cuando se trata de posiciones más excepcionales y más buscadas; están peor pagadas que los

hombres en igualdad de condiciones; están más afectadas por la precariedad del empleo y por el desempleo, entre otros fenómenos mencionables (Bourdieu, 2000).

Quizás una de las operaciones más peculiares, y a la vez más centrales, de este dispositivo de género consiste en apoyarse en un elemento extradiscursivo como la “materialidad” del cuerpo, y sobre todo de los genitales, para naturalizar la desigualdad establecida socialmente entre los sexos, y la división sexual del trabajo: “Las apariencias biológicas y los efectos indudablemente reales que ha producido, en los cuerpos y las mentes, un prolongado trabajo colectivo de socialización de lo biológico y de biologización de lo social se conjugan para invertir la relación entre las causas y los efectos y hacer aparecer una construcción social naturalizada (los “géneros” en cuanto que hábitos sexuados) como fundamento natural de la división arbitraria que está en el principio tanto de la realidad como de la representación de la realidad” (Bourdieu, 2000: 13-14)¹³. He ahí la paradoja.

Ambos sexos no tienen otra existencia que la relacional, son el producto de un trabajo de construcción diacrítica, necesario para producir un cuerpo socialmente diferenciado del sexo opuesto (Bourdieu, 2000). Y el principio simbólico de esa construcción es admitido tanto por el “dominador” (el hombre) como por el “dominado” (la mujer), porque las relaciones de género son un tipo peculiar de relaciones de poder en que, decididamente, el arriba está ocupado por la posición masculina (aun, paradójicamente, en el simbolismo de la relación sexual).

A través de estas operaciones, el dispositivo de género logra su función estratégica. Las desigualdades de género, al igual que las de “raza”, son el resultado de un subterfugio ideológico de la sociedad de clases, que tiende a naturalizar las desigualdades socioeconómicas existentes: “tiene como fin reconciliar lo irreconciliable, a saber, la ilusión de que todos los seres humanos, libres e iguales por nacimiento, gozan de igualdad de oportunidades, con la desigualdad socioeconómica realmente existente, en interés de los que se benefician de esta última” (Stolcke, 1999: 7). La naturalización de las desigualdades sociales, como dimensión ideológico-política fundamental de la sociedad de clases, ancla las relaciones de género en las diferencias de sexo y la etnicidad en la “raza”.

Estas diversas categorías de diferenciación, que se traducen en desigualdades, están claramente interrelacionadas de una manera particular en cada formación social histórica. La experiencia de la desigualdad de género se entrecruza de manera compleja con otras formas de desigualdad (étnica y de clase) haciendo que, a pesar de compartir la desvalorización del capital simbólico provocado por la feminidad, las mujeres estén distanciadas entre sí, objetiva y subjetivamente, en sus formas de vivir la dominación masculina (Bourdieu, 2000).

Calificar, clasificar

La bibliografía referida a este fenómeno social comprende desde definiciones de calificación restringidas a científicos e ingenieros —y esto muy ligado a una encubierta jerarquización entre ciencias “duras” y “blandas”, y la suposición de que las primeras constituyen un elemento más decisivo en el desarrollo de los países, a lo que subyace una definición claramente restringida de la noción de desarrollo—, hasta otras más amplias que abarcan a todos los profesionales y técnicos, e incluso a los obreros calificados (Pellegrino, 2001a). En términos de operacionalización metodológica, una migrante calificada es, en este trabajo, una mujer que emigró de su país de origen con un título universitario. Pero este dato “objetivo” supone algo más, que es lo que resulta decisivo para la investigación, y es el hecho de que todas ellas tienen en su *habitus* —sus esquemas de percepción, de pensamiento y de acción, el juego social incorporado— las huellas del paso por el campo académico; su posición en la formación social —tanto de origen como de residencia, aunque de distinta manera— está marcada por ese paso, además de compartir, en cierto modo, condiciones objetivas que le permitieron acceder a él. Eso es a lo que se alude en este artículo con “calificación”, a falta de un término más apropiado.

El campo académico —desde la noción bourdiana de campo¹⁴— está conformado por la lucha entre ciertos agentes e instituciones —alumnos, profesores, investigadores, funcionarios, universidades, carreras, centros de investigación, ministerios, por nombrar sólo los más evidentes—, dotados de fuerzas diferentes, que según las reglas constitutivas de ese espacio del juego social tratan de apropiarse de sus ganancias

específicas —títulos, calificaciones, autoridad científica, reconocimiento, prestigio, asignación de proyectos, becas ...—.

La apuesta de la lucha en el campo académico pasa, para los agentes específicos que son el objeto de esta investigación, por obtener una capacidad teórico-técnica y un poder simbólico que autoriza a hablar y actuar legítimamente según el sujeto científico, intelectual, artista o profesional que ese campo dice conformar. Esta apuesta se traduce, sobre todo, en la obtención del título, que es un capital simbólico institucionalizado, “una especie de regla jurídica de percepción social, un ser percibido garantizado como un derecho” (Bourdieu, 1990: 297). Y este capital simbólico no se distribuye, lógicamente, de manera homogénea. Cada título recibe su valor en función de la posición que ocupa en un sistema de títulos jerárquicamente organizado, y así es como contribuye a determinar las posiciones relativas de los agentes dentro del propio campo. La aludida partición entre ciencias “duras” y “blandas” es un ejemplo de ello. También es cierto que esta estructura jerárquica puede variar según las necesidades específicas de cada formación social histórica, como es el caso de los profesionales del área informática en la actualidad.

Este capital específico por el que se lucha en el campo académico puede ser acumulado, transmitido y hasta reconvertido en otras especies, bajo ciertas condiciones (Bourdieu, 2003). Por ejemplo, es generalmente admitida la capacidad de este capital (el de la calificación) para reconvertirse en capital económico, puesto que tiende a posibilitar el acceso a mejores posiciones en el campo laboral. Pero también puede ocurrir lo contrario, es decir, que la retribución del título (principal materialización del capital específico del campo) tienda a independizarse de la retribución del trabajo (Bourdieu, 1990).

El campo académico es parte de una formación social concreta, entendida ésta como el resultado de la manera en que se articulan y combinan las luchas por la legitimidad y el poder en cada uno de sus campos. Y esa articulación resulta de la estrategia unificada de cada clase (Bourdieu, 1990). Por eso, no es posible pensar el campo académico en forma aislada de los demás campos sino con pretensiones analíticas, y aun a riesgo de reduccionismo y errores. Esta afirmación adquiere particular relevancia en el caso de los agentes que participan del campo académico, sobre todo porque quienes acceden a él son ya poseedores de un capital económico —en términos bourdieanos— que marca su posición en la estructura de relaciones de la formación social¹⁵.

Segunda parte: Historias periféricas. La emigración calificada de argentinos y chilenos

El contexto más inmediato de los procesos migratorios de los que se ocupa este trabajo remite al último cuarto de siglo en la historia de Argentina y Chile. Aunque seguramente necesario, un recorrido por todos los campos de ambas formaciones sociales en los últimos 25 años es inabordable en este espacio. Se hacen sólo algunas puntualizaciones políticas y económicas, que permiten entender circunstancias del campo académico en estos años, y la historia de la emigración calificada argentina y chilena de las últimas décadas¹⁶.

Argentina, las crisis, “la crisis”

A pesar de su caracterización como país receptor de inmigrantes, especialmente regionales, Argentina comenzó a experimentar una creciente emigración de su población desde la década de 1960. Aunque sus flujos migratorios tuvieron por destino principal a los Estados Unidos, se dirigieron en importantes corrientes a Europa, además de México, Venezuela, Israel, Australia y Canadá, como también ocurrió con los chilenos (Pellegrino, 2003). En relación al conjunto de la emigración latinoamericana, la argentina se ha destacado por su alto nivel educativo, y por una elevada presencia de profesionales y técnicos.

Argentina fue uno de los países latinoamericanos que más tempranamente desarrolló su sistema de educación pública, y el objetivo de generalizar la enseñanza primaria y secundaria condujo a un nivel educativo promedio de la población muy por encima de la media regional. También la formación de profesionales y técnicos tuvo un desarrollo considerable, a cargo de universidades con una sólida tradición. Este adelanto a la región se manifestó además en el desarrollo de la investigación científica y tecnológica, que se inició en el ámbito de las universidades públicas (Pellegrino, 2003).

Pero hacia mediados de los años sesenta, y sobre todo a causa de las interrupciones del proceso político institucional, este panorama prometedor de las universidades, la ciencia y la tecnología nacional se

modifica. Probablemente la “Noche de los bastones largos” sea el acontecimiento que marca simbólicamente este quiebre: el 29 de julio de 1966 la recién instaurada dictadura del general Juan Carlos Onganía reprimió de manera sangrienta a docentes y alumnos de la Universidad de Buenos Aires, que resistían mediante una toma pacífica algunas medidas que violaban flagrantemente la autonomía universitaria. Aquella represión terminó con numerosos heridos, cientos de detenidos y más de 300 docentes expulsados que tomaron el camino del exilio. Esta real “fuga de cerebros”¹⁷ tiene su correlato en las cifras. Para 1970, había en los Estados Unidos cerca de 45 mil argentinos (CEPAL, 2006), de los cuales 5.200 eran profesionales y técnicos admitidos (Oteiza, 1971), es decir, un 12% correspondía a la categoría de inmigrantes calificados.

Es a partir de entonces que científicos e investigadores argentinos comienzan a emigrar hacia países centrales, o países periféricos con una alta demanda de personal calificado, constituyendo los primeros nexos de redes que facilitaron migraciones posteriores. A mediados de la década de 1970 se agrava la represión contra el medio universitario y cultural en general, desmantelándose centros de investigación y núcleos universitarios. La represión, claro está, no se limita al medio académico, y el desempleo comienza a aparecer como otro factor impulsor de emigración. La desocupación es uno de los resultados de las políticas neoliberal-monetaristas aplicadas por el régimen militar que se extiende desde 1976 hasta 1983, y que instrumenta un deliberado proceso de desindustrialización, de avance del capital financiero mediante el endeudamiento externo y la creación de múltiples mecanismos de especulación, de apertura externa y libertad cambiaria (Paz, 1989), facetas de la primera etapa de financiarización de la economía regional.

Mientras que hacia 1970 el número de residentes argentinos en el exterior no superaba los 150 mil, una década después se había casi duplicado, alcanzando los 290 mil (Pellegrino, 2003). Los Estados Unidos, principal receptor de los flujos de migrantes argentinos calificados, registraron un crecimiento porcentual del 59,1% entre estos profesionales y técnicos en el período intercensal de 1970 a 1980 (Pellegrino, 2001a), lo que puede leerse como un correlato de esta coyuntura. En términos absolutos, unos 7.800 profesionales y técnicos argentinos residían por entonces en ese país, lo que significaba un 19,3% de la PEA de ese origen (Pellegrino y Martínez, 2001).

Los años ochenta no mejoraron el escenario, a pesar de la restauración del régimen democrático en sus inicios. La “crisis de la deuda”, la persistente caída del salario real y el achicamiento del mercado interno, el retroceso industrial y los altos niveles que alcanza el desempleo, la recesión de las economías regionales, la incapacidad para superar los problemas de la balanza de pagos, el empobrecimiento de la mayoría de los sectores económicos dedicados a la producción, el deterioro de la infraestructura económica y el desmantelamiento progresivo de los organismos del Estado y de las empresas públicas son los signos de estos nuevos tiempos (Paz, 1989). Argentina, que se había destacado en la región por sus niveles de homogeneidad social, vive un retroceso en su distribución del ingreso (Pellegrino, 2003; CEPAL, 2004). Entre la agudización de la concentración oligopólica y la creciente pauperización de vastos sectores sociales, que es justamente su reverso, el gobierno radical presidido por Raúl Alfonsín (1983-1989) llega a su fin en un marco de hiperinflación y saqueos a supermercados, que no constituyeron hechos anecdóticos, sino una explosión inevitable y que se venía gestando desde mediados de los años setenta: “esta vieja pobreza sumergida ... sólo podía ser percibida ante el estallido elemental y espontáneo de su protesta” (Borón, 1991: 81). Esa protesta fue un signo visible de la derrota en la pugna entre proyectos autónomos y dependientes de país, que “no es más que la historia misma de todos los países periféricos” (Iniesta, 1989: 51).

A pesar de que el retorno de la democracia implicó un estímulo a los proyectos de desarrollo científico y tecnológico, las políticas de ajuste implementadas afectaron severamente el financiamiento de las universidades y centros de investigación. Sin embargo, continuaron formándose egresados que solían ser bien recibidos en los países centrales, con políticas de inmigración selectiva. Esto explicaría que, para 1990, el número de profesionales y técnicos argentinos emigrantes fuera de casi 21 mil personas (Martínez, 2005). De ellas, 9.600 se encontraban en los Estados Unidos, representando el 19,1% de la PEA inmigrante de este origen, convirtiéndose en el flujo regional más selectivo según este criterio para entonces (Pellegrino y Martínez, 2001). Para el período intercensal 1980-1990, el crecimiento porcentual de los PTA (profesionales, técnicos y afines) argentinos residentes allí fue del 23,8% (Pellegrino, 2001a). Los

argentinos mayores de 25 años con títulos de posgrado (ya sea maestrías, doctorados o profesionales) constituían el 15,6% del total de residentes para 1990, frente a un 7% de la población nativa (Pellegrino, 2001a).

La próxima década de la historia argentina está casi enteramente signada por el gobierno justicialista de Carlos Menem (1989-1999), que tras un episodio hiperinflacionario logra una aparente estabilización de la economía. Esta estabilidad responde, en realidad, a la primera fase del segundo ciclo de financiarización regional. Así se explica el importante incremento porcentual del PIB en los primeros años. Adoptando el recetario neoliberal surgido del Consenso de Washington, la inversión pública y servicios esenciales como la salud y la educación se vieron afectados por la reducción del déficit fiscal —hubo incluso un intento de arancelamiento de la educación superior, que se logró resistir—. Se modificó la legislación laboral y social, dejando más vulnerables a los trabajadores y a las personas pobres. Se privatizaron las empresas del Estado, dándole a los capitales financieros internacionales especial participación como adquirentes privilegiados de las empresas de servicios públicos y de recursos naturales, con garantías de alta rentabilidad y condiciones monopólicas de operación (Romero, 1993; Zeballos, 2003). La caída del salario y el aumento de la desocupación continuaron su escalada.

El gobierno siguiente, con Fernando de la Rúa como presidente (1999-2001), pronto enfrentaría las críticas condiciones sociales y financieras que se venían gestando, llegando al 2001 en un clima de gran turbulencia política y social, que finalmente provocaría su caída. Presionado por el FMI, que jugó un crucial y nefasto papel en esta crisis, el gobierno adoptó medidas como una reducción del 13% de los salarios del sector público y de las jubilaciones y pensiones. El aumento de los despidos y las suspensiones de trabajadores en las industrias aumentaron la tensión social, el índice de desocupación llegó en octubre de ese año al 18,3%. Ante el retiro masivo de depósitos de los bancos —marcando el fin de esta segunda etapa de la financiarización—, el Ministerio de Economía puso en marcha una serie de medidas bautizadas mediáticamente como “el corralito”, que establecía límites semanales a la extracción de dinero de las cuentas bancarias y controles a los movimientos de divisas.

La crisis del 2001 dejó secuelas visibles y profundamente dolorosas, tanto en la realidad como en el imaginario argentino. La existencia de casi 21 millones de pobres, dentro de los cuales 10 son indigentes, es la más clara de estas marcas (Zeballos, 2003). La amplia clase media argentina, compuesta por funcionarios públicos, técnicos, empleados administrativos, empresarios pequeños o medianos y profesionales, también vivió un deterioro. La transformación del sector público y la privatización de empresas estatales, que supusieron una destrucción y debilitamiento de las redes institucionales que articulaban las grandes empresas estatales, las pequeñas empresas y los servicios profesionales, la afectaron particularmente (Sautu, 1999). El desempleo y la precarización laboral incidieron fuertemente en los sectores más calificados —aunque menor que el del resto de la fuerza de trabajo, el desempleo entre los egresados universitarios comenzó a crecer a finales de la década de 1990, cuando pasó de 1,6 a 7,8%—; la confiscación de los depósitos bancarios privados y la conversión de los depósitos en dólares a pesos argentinos, tras el abandono de la convertibilidad —paridad cambiaria con el dólar— perjudicaron a pequeños ahorristas privados, en su mayoría pertenecientes a la clase media (Masseroni y Sauane, 2004). Entre los profesionales y técnicos ocupados, el 13% no tenía una remuneración acorde a su formación hacia finales de los años noventa (CEPAL, 2002); la inversión que el país realizaba en ciencia y tecnología no era más del 0,5% del PIB (Pellegrino, 2003). Es en este contexto en que debe analizarse la emigración argentina reciente, especialmente la calificada, y la de muchas de las mujeres que fueron objeto de esta investigación.

Según estimaciones del INDEC (Instituto Nacional de Estadística y Censos), unas 220 mil personas dejaron el país entre el 2000 y el 2002, y aproximadamente la mitad (104.500) lo hizo entre diciembre del 2001 y setiembre del 2002 (Novick y Murias, 2005). Es decir que el número de emigrantes en un período de tres años casi igualó al número de residentes argentinos en el exterior registrado por 1980. Aunque los datos publicados de las rondas censales del 2000 no reflejan la incidencia de esta crisis, es plausible pensar que buena parte de esta cifra está representada por profesionales y técnicos, si se considera que se ha instalado en el país una tendencia estructural a la migración entre los sectores medios y medios altos con elevado nivel educativo (Pellegrino, 2003). Es importante no perder de vista que las razones de esta emigración no fueron limitadamente económicas: “Más allá de las lógicas preocupaciones acerca del desempleo o del aumento del costo de vida, para cientos de miles de argentinos el derrumbe de la confianza en las

instituciones y, más en general, en el futuro del país, implicó una traumática revisión de expectativas, sueños, anhelos y proyectos de vida” (Novick y Murias, 2005: 35).

Los principales destinos extrarregionales de los migrantes calificados argentinos para comienzos de este siglo los representaron los Estados Unidos y algunos países europeos como España, Francia y en menor medida Inglaterra¹⁸, que aunque no ocupa un lugar fundamental, mantiene un vínculo significativo en áreas específicas, como las ciencias biológicas (Pellegrino, 2003). El crecimiento porcentual de los profesionales y técnicos argentinos en los Estados Unidos durante el período 1990-2000 fue muy importante, del 84,8% (Pellegrino, 2006). Para el 2000, los argentinos mayores de 25 años con educación superior completa o más presentes en aquel país representaron el 34,5% del total de residentes de ese origen, mientras que los estadounidenses en esa condición eran el 24,5%. Observando la posición ocupacional, un 43,5% de la población argentina económicamente activa se desempeñaba por entonces como profesional, gerente o alguna categoría afín, frente a un 34,4% de la población nativa (CEPAL, 2006). En España, y para la misma fecha, la proporción de inmigrantes argentinos con formación educativa superior completa (el 35,2% de los residentes) superaba al indicador de la población nativa, aunque era más evidente entre los hombres que entre las mujeres: había 1,34 hombres con este nivel educativo por cada español, y 1,16 mujeres¹⁹. Canadá y el Reino Unido son casos especiales, porque la cifra seguramente está afectada por la alta selectividad de sus políticas de admisión de inmigrantes. En el primero de estos países la proporción de argentinos con educación superior era de 38,1% en el 2001; para el segundo, había un 48,6% de los argentinos residentes con este nivel de formación. En Italia y Japón las proporciones son notablemente más bajas: 14,6% de los argentinos cuenta con educación superior completa en el primero, y 21% en el segundo (CEPAL, 2006). Argentina es, además, uno de los países sudamericanos con mayor presencia de estudiantes en los Estados Unidos: para el año lectivo 1998-1999 había, según el Institute for International Education, 2.600 estudiantes de este origen²⁰.

Chile, de la universidad intervenida a la universidad mercantilizada

Chile ha sido históricamente un país con rasgos expulsivos: “la emigración de chilenos es un proceso de largo aliento” (Martínez, 2003a: 17), que ha tenido a la Argentina como destino principal hasta la década de 1970, cuando ocurre una diversificación hacia distintas regiones del continente americano, Europa y Australia. Pero durante la década de 1990 se ha ido convirtiendo en “puerto” de algunos flujos de la migración intrarregional, sobre todo de los países andinos —Ecuador, Perú y Bolivia— (Pellegrino, 2001b). La emigración chilena se enmarca en un patrón sur-norte²¹, y al igual que la argentina, el perfil de sus emigrantes de larga distancia presenta un nivel educativo elevado.

Enfocando la mirada en la emigración calificada es posible, al igual que con Argentina, contextualizar las variaciones de los flujos en coyunturas económicas y políticas que tienen como marco una estructura capitalista desigual. Durante los años sesenta las universidades chilenas atraviesan un proceso de reforma y se convierten en centros de intensa actividad política (Aylwin et al., 2001). Esta tendencia se acentúa durante el gobierno de la Unidad Popular (1970-1973), cuando los estamentos universitarios, que habían crecido notablemente, se polarizan ideológica y socialmente (Correa et al., 2001). Al producirse el golpe militar, las universidades son intervenidas y reprimidas violentamente, especialmente las públicas. La Junta Militar (1973-1990) proscribió la Federación de Estudiantes de Chile y designa a oficiales de alto rango como rectores delegados. Unas 20 mil personas, entre estudiantes, personal administrativo y académicos, son expulsadas y exoneradas, y 23 unidades académicas son cerradas, medida que afectó sobre todo a las facultades de ciencias sociales. En ese contexto, muchos de los investigadores y profesores expulsados optan por el exilio.

Esta violenta coyuntura política tiene su reflejo en las cifras de la emigración calificada chilena de aquella década. El número de profesionales y técnicos chilenos en los Estados Unidos se duplicó entre 1970 y 1980 (pasó de 1.984 personas a 4.045) (Pellegrino y Martínez, 2001). El crecimiento porcentual de su presencia fue nada menos que del 122% en ese decenio (Pellegrino, 2001a). En Canadá casi el 50% de la población chilena residente actualmente había llegado al país hasta 1980, en términos absolutos, 11.660 personas (Ministerio de Relaciones Exteriores: DICOEX, INE, 2005), y de ellos, 1.945 eran profesionales y técnicos, los que representaban el 18,1% de la población económicamente activa de ese origen (Martínez, 2005).

Al igual que ocurrió en Argentina, la dictadura militar supuso el desembarco definitivo de las políticas económicas liberal-monetaristas; de hecho, Chile es considerada la primera experiencia de aplicación sistemática del neoliberalismo en el mundo (Harnecker, 1999). Bajo el régimen pinochetista, buena parte de los activos del Estado pasaron del área social a sus dueños originales, o fueron traspasados al sector privado a través de licitaciones con precios subvencionados. Los hechos económico-políticos de la década hablan claramente de los rasgos de los ciclos de financiarización regional: por 1980 se aprecian los “primeros logros” económicos, pero a partir de 1982 una serie de factores externos pone en evidencia la vulnerabilidad del modelo impuesto. La crisis mundial ocasionada por el alza del precio del petróleo supuso una reducción de la inversión extranjera, la baja demanda de productos chilenos y el incremento de las tasas de interés en el mercado internacional, que afectó sobre todo a la banca, recientemente privatizada y desregulada, especulativamente endeudada merced a una superabundancia de créditos externos. Además, la industria nacional estaba desmantelada, y los trabajadores afectados por una enorme desprotección social. En reacción, se producen en 1983 huelgas y manifestaciones, que son seguidas por una escalada de represión y un reendurecimiento de la dictadura hacia mediados de la década, cuando la conducción económica queda en manos de un grupo de economistas de corte neoliberal. Entonces, los privados, tanto nacionales como extranjeros, le “devolvieron su confianza” al gobierno, con lo que se equilibraron los índices macroeconómicos. La reducción del déficit fiscal siguió profundizándose, merced a una contracción del rol social del Estado, y se inició un proceso de diversificación de exportaciones gracias a un tipo de cambio real (Correa et al., 2001).

Durante esta década se pasó de la intervención a la transformación y reestructuración del sistema de enseñanza superior bajo las premisas neoliberales, a través de la creación de un cuerpo legislativo que suponía una eventual desaparición del rol del Estado en este ámbito. Las medidas implementadas tendieron a la descentralización del sistema y a la reducción de los aportes fiscales a las universidades. El costo de la educación superior comenzó a recaer en los estudiantes y en sus familias, lo que se tradujo en una disminución de la matrícula. Comienza así el proceso de privatización de la educación superior, que ha hecho de Chile uno de los países de la región en que la oferta universitaria es mayoritariamente privada (Rama, 2002). El recorte del gasto público destinado a la investigación científica y tecnológica agravó este escenario (Correa et al., 2001).

Con este horizonte, la emigración calificada chilena continuó durante la década, aunque no tuviera las abultadas cifras de los inicios de la dictadura. Un 3,7% de los profesionales y técnicos chilenos emigraron durante este decenio, en términos absolutos, 19.457 personas (Martínez, 2005). El *stock* de profesionales y técnicos chilenos en los Estados Unidos para 1990 era de 5 mil personas, un 15,7% de la población económicamente activa de ese origen, superando a la proporción de población nativa con estas características, del 14% (Pellegrino y Martínez, 2001). El crecimiento porcentual de la presencia profesional y técnica chilena en ese país fue del 15% en aquel decenio. De los mayores de 25 años, el 11,8% tenía formación de posgrado (maestría, doctorado o profesional) (Pellegrino, 2001a).

La Concertación Democrática, coalición de partidos de “centro izquierda” que gobierna el país desde 1990, no ha intentado modificar el legado económico del gobierno militar, y sólo tíbilmente ha procurado desarmar en algunos aspectos la institucionalidad de la desigualdad. Se han privatizado áreas estratégicas de la economía, como la industria energética, poniendo en evidencia la concentración de grandes conglomerados extranjeros, que también han adquirido empresas privadas exitosas. Además de las privatizaciones, la apertura, la liberalización comercial, la desregulación y flexibilización de las relaciones de trabajo y el retroceso del rol protector del Estado han continuado avanzando (Correa et al., 2001). Durante la década de 1990 los indicadores económicos siguieron mostrando una tendencia de alto crecimiento, que no han permanecido indemnes ante factores “externos”, como la crisis asiática —lo que sigue siendo un signo de vulnerabilidad—. Los indicadores oficiales también hablan de mejoras en materia de empleo, remuneración y reducción de la pobreza. Sin embargo, “este significativo crecimiento económico no ha sido acompañado por un cambio en la estructura distributiva de los ingresos, hoy una de las más regresivas del mundo según datos del Banco Mundial” (Harnecker, 1999: 63).

El panorama de la educación superior no parece haber cambiado, y las reformas implementadas por el régimen de Pinochet no han sido atacadas en su “lógica”. Los gobiernos de la Concertación no han

reconcurado los cargos académicos en las universidades públicas, y continúan vigentes disposiciones del intervencionismo militar, como la que faculta a los rectores a expulsar arbitrariamente a académicos y personal. Una lógica privatista orienta la gestión de las universidades “públicas” (que lo son sólo nominalmente, porque los estudiantes deben pagar un arancel, aunque pueden acceder a créditos). El aporte fiscal directo a la Universidad de Chile representa tan sólo un 30% de su presupuesto. Se observa también una paulatina diáspora de estudiantes y académicos a las nuevas universidades privadas, centradas en funciones estrictamente docentes (Correa et al., 2001). Este peculiar marco explicaría, en parte, el crecimiento de la población con formación técnica y superior en el período intercensal 1992-2002, de un 9 a un 16% (Depolo y Henríquez, 2006). La población económicamente activa urbana con formación técnica y profesional aumentó en un 6% entre 1990 y 1999, y este incremento benefició más a las mujeres, que tuvieron un crecimiento del 6,2%, frente a un 5,8 de los hombres (CEPAL, 2002).

El paradójico modelo de crecimiento chileno tiende a crear poco empleo y precariza las relaciones de trabajo. Según un informe de la OIT, los empleos de buena calidad son cada vez más escasos, y se multiplican los puestos de trabajo dependientes sin contratos y sin beneficios sociales en las empresas medianas y grandes. Ante estas condiciones, la calificación se transformaría en una barrera de entrada al mercado laboral (Depolo y Henríquez, 2006). Para el 2000, Chile tenía el 4,2% de sus recursos humanos urbanos con calificación profesional y técnica desocupados —lo que afecta por igual a mujeres y hombres—, y de los que tenían trabajo, casi el 11% no recibía un ingreso acorde con su nivel de formación (CEPAL, 2002). Además, el retorno de la institucionalidad democrática no ha ido acompañado por una democratización de las instituciones situadas en la base de la sociedad, como la escuela, la fábrica, el municipio, o la propia la universidad (Harnecker, 1999). Y los avances de la sociedad chilena conviven con “notorias expresiones de malestar, que parecen ser la expresión larvada de situaciones de inseguridad e incertidumbre” (Harnecker, 1999: 63, citando el informe del PNUD para Chile en 1998).

Este panorama, que contextualiza las trayectorias de las chilenas que participaron de esta investigación, explicaría el mayor incremento de la emigración chilena durante el período intercensal 1990-2000, y también de la específicamente calificada. En los Estados Unidos, por ejemplo, la presencia de PTA chilenos tuvo un crecimiento porcentual del 122,3% (Pellegrino, 2006). Según el relevamiento de chilenos en el exterior, la mayor parte del *stock* de ese origen allí llegó en el período intercensal 1990-2000 (31.400 personas, casi un 40%) (Ministerio de Relaciones Exteriores: DICOEX, INE, 2005). Los chilenos mayores de 25 años con educación superior completa o más representaban para el 2000 el 29,4% del total de residentes. Una proporción cercana al 35% de la población económicamente activa se desempeñaba como profesional, gerente o alguna categoría afín, equiparando a la cifra de la población nativa (CEPAL, 2006; Ministerio de Relaciones Exteriores, DICOEX, INE, 2005). Sobre la presencia de estudiantes, la encuesta de la NSF para el ciclo lectivo 1997-1998 habla de unos 1.200 chilenos con ese estatus en el país por esa fecha (Pellegrino, 2001a).

En España, los chilenos con educación superior completa constituían, para el 2000, el 32,6% del total de residentes. Como ocurre con los inmigrantes argentinos en este país, los chilenos con formación educativa terciaria superan el indicador de la población nativa, con una brecha de género más marcada aún que para sus vecinos de la subregión: hay 1,51 hombres chilenos y 1,12 mujeres por cada par español con ese nivel de formación. Canadá presentaba, alrededor del 2000, el 38,2% de sus inmigrantes chilenos con educación superior, y el Reino Unido un 44,5. En Italia baja la proporción de residentes con ese nivel educativo, casi en la misma proporción que los argentinos: un 14,4%. En Suecia, otro destino importante, la proporción también es poco representativa, un 15,2% (CEPAL, 2006).

Tercera parte: De las estructuras a las experiencias

La investigación de la que surge este artículo se propuso hurgar, a partir de las experiencias de algunas migrantes calificadas argentinas y chilenas²², en las formas en que el proceso migratorio genera cambios (o no) en las relaciones de género, entendidas como relaciones de poder. Las condiciones socioeconómicas y políticas de las formaciones sociales periféricas desde las que emigraron estas mujeres, descritas en el apartado anterior, constituyen las estructuras objetivas que orientaron y coaccionaron las prácticas y representaciones discursivizadas en sus entrevistas. Es en esta instancia de análisis del *corpus*²³ surgido a

través del trabajo de campo²⁴, entonces, donde se articulan estructura y experiencia, el lugar en el que las trayectorias personales de estas migrantes anclan su sentido en la desigual estructura del sistema capitalista global, y en la funcionalidad del dispositivo de género para este sistema —y léase esta “funcionalidad” en el sentido de utilidad para una estrategia y no en el de función, porque las “funciones sociales” son “ficciones sociales” (Bourdieu, 1990)—.

El dispositivo dispone

Parte de la tematización²⁵ de los motivos de la decisión de emigrar, en el entrecruzamiento de la problemática migratoria con la perspectiva de género, pasa por los intentos de desplazar la imagen asociacional de la migración de las mujeres y la búsqueda de las motivaciones típicamente femeninas para migrar. Ambas posturas quedan entrampadas en la lógica del dispositivo cuya forma de operar se pretende d-enunciar. Las primeras porque les subyace la oposición producción/reproducción, y al intentar demostrar que las mujeres también migran por razones “productivas”, se hacen parte de una de las paradojas en que la formación capitalista contemporánea coloca a la migración, y es que la razón de ser del inmigrante sólo puede ser el trabajo: “Como el trabajo [...] es la propia justificación del inmigrante, esa justificación, o sea, en última instancia, el propio inmigrante, desaparece en el momento en que desaparece el trabajo que los crea a ambos” (Sayad, 1998: 55, traducción libre) —que la mayor parte de las migraciones actuales sean laborales no anula esta proposición—. Las segundas porque, al suponer que existen motivaciones típicamente femeninas para migrar, adscriben implícitamente a una lógica biologicista o naturalista para pensar las diferencias de género.

La migración de mujeres calificadas ha estado prácticamente ausente de este discurso. Entre la escasa bibliografía específica disponible se encuentran las investigaciones de Raghuram referidas a las migrantes médicas en el Reino Unido, en las que demuestra que el proceso migratorio es el resultado de una compleja estrategia, que surge de una negociación entre las regulaciones patriarcales del mercado de trabajo y las restricciones estatales, negociación mediada dentro del hogar. Así, por ejemplo, las mujeres pueden ser migrantes primarias debido a los nichos ocupacionales en que se insertan, y pueden también tener una progresión más rápida que su pareja en su carrera profesional. Pero también ocurre que la pareja utiliza la entrada de la mujer al mercado laboral para darse la oportunidad de adquirir cierta experiencia y capacitarse visualizando su propia inserción (Raghuram y Montiel, 2003).

En definitiva, la decisión migratoria es un proceso complejo que se resiste a una reducción clasificatoria entre autónoma o dependiente. Es ciertamente una negociación en la que, entre otros elementos, juegan su importante papel las relaciones de poder intergeneracionales. Y lo que surge del corpus de entrevistas es que, quizás de manera más atenuada, el dispositivo de género también opera en las mujeres calificadas según su “lógica” fundante (la desigualdad a favor del hombre). La evidencia más clara es que, entre las mujeres que al momento de emigrar no tienen ningún vínculo de pareja, ya sea formal o informal²⁶, la razón más ampliamente mencionada como causa de la decisión migratoria se relaciona directamente con su formación: la mayoría ha partido para realizar o continuar estudios de posgrado. Otro pequeño grupo lo hace por una posibilidad laboral real o potencial. En cambio, ninguna de las que al momento de emigrar es madre, toma la decisión de partir por una razón estricta y directamente vinculada a su formación, a menos que esa opción suponga una retribución monetaria inmediata. La maternidad implica un quiebre importante en la trayectoria de vida, tanto en el rumbo que ella toma como en la forma en que se la piensa y siente, y por lo tanto es crucial ante una decisión de vida como la de migrar.

María Eugenia es un “caso síntesis” en este tema. Su proceso de decisión migratoria comenzó, estando ella soltera, porque “[e]staba buscando capacitarme en el extranjero, a través de una beca, ya que las posibilidades de avanzar en mi carrera en Argentina eran pocas”. En ese proceso recibió de una profesora el formulario para inscribirse en el *National Competitive Exam* de Naciones Unidas para su profesión, pasó exitosamente la etapa de selección y le ofrecieron un puesto en Nueva York. Tenía un buen trabajo en Argentina, pero la situación crítica que se vivía en el país hacia fines del 2001 lo tornaba inestable. Las condiciones de trabajo que le ofrecían eran muy buenas: “puesto profesional, buen sueldo, una institución prestigiosa, con buenas posibilidades de crecimiento”, así que aceptó. Después de un tiempo en los Estados Unidos se casó con otro migrante latinoamericano, y ahora está embarazada. Este hecho ha significado una fractura: “me di cuenta que para mí, en este momento de mi vida, la satisfacción personal y la profesional no

son lo mismo. En este momento, yo necesito más la seguridad de un trabajo fijo y bien remunerado en la ONU para dedicarme a formar mi familia y construir mi futuro como madre y esposa, más que luchar para conseguir más reconocimiento en el plano profesional”.

Que “las prioridades” cambian para una mujer que es madre es parte del sentido común, pero no por común deja de tener tanto sentido este hecho. Si ninguna de las que son madre decide migrar única y exclusivamente para continuar con su formación (un motivo que convencionalmente consideraríamos personal, no familiar), es porque la construcción social del rol de madre que opera el dispositivo de género (al menos el de las sociedades de origen) inhibe este tipo de decisiones. Y esto apoyándose, en buena medida, en lo que Rosemberg llama la “mística de la procreación”, que coloca el tema de la reproducción a cargo de la naturaleza o de Dios, y no de las relaciones sociales, invisibilizando el costo económico y psíquico que la maternidad tiene para toda mujer (Rosemberg, 2003). El que este cambio de prioridades parezca tan obvio y natural es prueba de la efectividad de esta mística.

La maternidad desempeña un rol relevante en el proceso migratorio de estas mujeres, ya sea en la decisión de emigrar, en la opción de permanecer o en la visibilización del retorno. Sandra estaba embarazada al momento de emigrar a Canadá, tanto ella como su marido estaban sin trabajo. Él es canadiense, aunque vivió buena parte de su vida en Chile. Su familia había retornado a Canadá un año antes. Cuando rememora el momento de la decisión, dice: “yo siempre había querido irme de Chile pero en el momento en que me aceptaron la visa y tenía los pasajes en la mano, uff, me costó mucho, incluso me arrepentí un poco, pero al final me vine no más, *sobre todo porque ya tenía siete meses de embarazo y quería que mi hijo naciera en un lugar decente*”. La afirmación, además, permite no perder de vista el sentido en que se producen estos flujos migratorios, es decir, de países periféricos a centrales, y las razones estructurales por las que esto ocurre. Y además pone de manifiesto la importancia de la vinculación de la pareja con la sociedad receptora en la elección del destino. Este es uno de varios casos.

Liliana también está en los Estados Unidos, pero la decisión de su emigración fue una posibilidad laboral concreta para ella, en un puesto que además significa una importante oportunidad en términos académicos (una posición posdoctoral). Antes emigró de Chile a la Argentina “por amor”, y porque en ese momento su pareja tenía una mejor posición laboral que ella (situación inversa a la actual). Pero a pesar de estos factores, no piensa su estadía allí como definitiva, y su rol de mamá tiene que ver con estos planes: “Pensamos en nuestra pequeña y quiero que nos volvamos antes de que ella no se quiera ir. Creo que antes de sus 10 años tenemos que volver o estaremos condenados a quedarnos acá. Para mí sería imposible pensar en volverme y dejarla acá sola ... no podría hacerlo”. El de Liliana es además un caso revelador, porque hace patente la inutilidad de clasificaciones tajantes: en una primera instancia emigra porque se enamora de un hombre de otro país, también calificado y en su misma área, que tiene buenas condiciones laborales en ese momento. La situación económica de la familia cambia, en buena medida a causa de la crisis del 2001 (sus ahorros quedan atrapados en el “corralito”, su esposo se queda sin trabajo, su sueldo no era bueno), y eso gatilla una búsqueda de “oportunidades de desarrollo profesional” que la transforman en el “motor” del nuevo proceso migratorio. La situación se asemeja a lo que observa Raghuram (2000) respecto de lo que llama “hogares de carrera dual” (*dual-career households*), es decir, hogares conformados por una pareja de personas calificadas, en los que el bloqueo de las aspiraciones profesionales de uno de los miembros puede provocar un nuevo proceso migratorio.

Este tipo de hogares constituye un campo en barbecho para la investigación respecto de la vinculación entre relaciones de poder intergeneracionales, calificación y migración. Los casos del grupo de informantes en que el motivo de la decisión migratoria fue una posibilidad laboral para la mujer, ya sea inmediata o potencial, no permiten sacar conclusiones taxativas, pero en principio puede suponerse un estrecho lazo entre la dominación masculina, la etapa que atraviesa la vida del hogar (si está recién constituido, si los hijos están pequeños o no, entre otras cosas), y las oportunidades que brinda la sociedad para el “sostenimiento” de ese grupo familiar. Nadia estaba casada al momento de emigrar a los Estados Unidos, pero no tenía hijos: “siempre habíamos querido (mi marido y yo) vivir la experiencia de estar en el exterior. Ambos habíamos analizado la posibilidad de estudiar afuera pero luego nos casamos y destinamos ese dinero al nuevo departamento. Cuando vimos este ofrecimiento de trabajo aplicamos los dos. Aunque sólo yo pasé el examen ... ambos decidimos que era una buena oportunidad”. Ahora tienen una niña, y la decisión de

permanecer o regresar dependerá de la evaluación sobre si vale la pena “seguir invirtiendo en este país”, “si se justifica la cantidad de dinero necesaria para que tus hijos vivan bien”.

Patricia es parte de un matrimonio maduro (tienen más de 50 años). Al momento de emigrar, su hija ya estaba casada y tenía otro hijo adolescente. Sintieron que el campo profesional de ambos ya no les ofrecía oportunidades en Chile: “se hizo imposible competir. Mi esposo empezó a trabajar en temas totalmente diferentes y frustrantes. Entonces pensamos en buscar otros caminos, y concluimos que, si debíamos ‘dar el salto’, era mejor darlo a USA”. Él se estableció un año antes, y comenzó a concertar exposiciones para ella. Cuando se aprobó una muestra que Patricia había estado gestionando, viajó con su hijo. Planea regresar cuando él termine la *high school*, “me gustaría dejar mis contactos de galerías de arte para seguir exponiendo acá, pero trabajando en mi arte en Chile”. Paola rindió un examen para trabajar en las Naciones Unidas, quedó en una lista de candidatos para futuras vacantes, y dos años después le ofrecieron un puesto en Nueva York. Ya estaba casada y tenía un hijo en ese momento: “me entusiasmé mucho con la idea de trabajar en la ONU ya que fue siempre un sueño para mí. Obviamente lo charlé con mi esposo, que me costó convencerlo pero aceptó porque sabía que era una experiencia única para mí”. Ahora regresa a fin de año, después de dos años de permanencia, “mi marido tiene su propia empresa en Argentina y tiene que volver a hacerse cargo de ella”. Reconoce que es una decisión que le costó tomar, pero seguirá trabajando como consultora para la organización, no ya en el *staff* permanente.

Según Raghuram (2000), es probable que haya diferencias de género en la resistencia a la relocalización en los “hogares de carrera dual” que negocian estrategias de migración. En este sentido, es más probable que las mujeres sigan a los hombres que la situación inversa, y que los hombres se opongan a la relocalización, poniendo cargas adicionales a las mujeres migrantes. También expone la necesidad de mayor investigación respecto de las experiencias en que los hombres se transforman en “esposos arrastrados” (*trailing spouses*). Estas situaciones permiten observar con claridad la operación del dispositivo de dominación masculina. Paola confirma estas percepciones: “cuando el hombre se traslada por trabajo y toda la familia se mueve, la mujer ‘acompaña’ y a todos les parece razonable que deje lo que estaba haciendo y se quede en la casa con los chicos o se acomode con lo que sea en el nuevo país. En cambio, en mi caso muchos se encontraban muy preocupados en qué iba a hacer mi marido, si buscaba trabajo o qué hacía”.

La forma de inserción del hombre en la nueva formación social, en relación comparativa con la sociedad de origen, parece ser muy importante en estos casos. Pero, más allá de este factor, el que la búsqueda de trabajo para la pareja se viva como un obstáculo en el proceso migratorio, la incomodidad de sostener la imagen de “mujer proveedora” ante la red de conocidos en la sociedad de origen, y los conflictos de pareja que esta situación genera, ponen de manifiesto la persistencia de la desigualdad que impone el dispositivo de género. Liliana cuenta que “hubo cambios importantes cuando recién nos vinimos, mi esposo se quedó en casa cuidando a nuestra bebé y yo trabajaba. Después de un año él empezó a trabajar ... Nuestra relación de pareja se deterioró bastante con todo este cambio de roles y de país y de idioma, pero ya hemos recuperado la armonía y la estabilidad familiar”. “Perdí mucho en mi relación con mi esposo, el cambio de roles nos cuesta mucho”, dice Paola. Aunque enfatiza que la de la emigración fue una decisión conjunta, Nadia, al igual que Liliana y Paola, siente que la búsqueda de trabajo para su esposo fue un obstáculo, “el hecho de que haya luego conseguido trabajo hace que hoy sigamos aquí y que esta experiencia siga siendo favorable. De no haber sido así nuestra situación sería distinta”, porque probablemente habrían regresado a la Argentina: “si ambos en la pareja no se pueden desarrollar (en todos los ámbitos) habría que reconsiderar, como pareja, dónde querríamos vivir para que eso no ocurra”. A pesar de que el motivo de su decisión migratoria no fue una oportunidad de trabajo propia o para su esposo, Silvina ha vivido etapas en las que sólo ella ha estado trabajando, y dice que “a mí no me afectó, porque yo pude trabajar cuando no encontrábamos jardín (todos llenos), porque mi marido no tuvo problemas en cuidar él a mi hija al haberse dado la oportunidad así [...] Por ahí a él le pesa a veces el contarle más que nada en Argentina, porque ... acá [en Canadá] es a veces uno y a veces el otro el que trabaja o trabaja más, en Latinoamérica en general el hombre nunca va a estar en casa cuidando a los hijos y la mujer trabajando”. Aparecen aquí las diferencias en la fuerza del dispositivo de dominación masculina entre la sociedad de origen y la de residencia.

Uno de los elementos que parece distinguir la estrategia migratoria familiar de las mujeres calificadas respecto de las que no lo son, al menos en lo que surge de una revisión de la literatura que se vincula con el

tema —aunque se requeriría una investigación con propósitos específicamente comparativos—, es el hecho de que, cuando la migrante tiene un núcleo familiar constituido, la migración no se piensa en términos individuales. En la migración laboral femenina no calificada, en cambio, tanto los salarios bajos que se les ofrecen como las restricciones de ingreso que enfrentan y las regulaciones en sus lugares de trabajo, hacen que el movimiento sea, en la mayoría de los casos, solitario. La estrategia del hogar se basa generalmente en el envío de remesas y en mantener a la familia dentro del país de origen antes que en una relocalización, aunque también ocurre que ese desplazamiento solitario se constituye en la primera etapa de una estrategia más larga de relocalización familiar (Raghuram y Montiel, 2003). Este es uno de los puntos en el que la intersección entre calificación y pertenencia de clase se condensa. La migrante calificada puede “aspirar” a conseguir un puesto de trabajo con mejor paga, este es uno de los “derechos” que viene asociado con el título: “Se suele olvidar que la escuela no es sólo un lugar donde se aprenden cosas, ciencias, técnicas, etc., sino también una institución que otorga títulos, es decir, derechos, y que con ello confiere aspiraciones” (Bourdieu, 1990: 167). Además, por una suerte de “endogamia de clase”, sus parejas también son generalmente profesionales (¿otro “derecho” asociado al título?). Y otro factor que le es favorable es la selectividad educativa de las legislaciones migratorias de los países centrales. Aunque la “legalidad” de su presencia en el país de residencia no deja de ser una preocupación en algunos casos, cuentan con una ventaja objetiva en este campo —en el sentido en que Bourdieu habla de las “estructuras objetivas”—.

Otro importante motivo de la decisión migratoria entre las informantes es el amor —o, para ser coherente con la perspectiva adoptada, la construcción social del sentimiento de amor—. Una vez más, son casos que ni resisten el intento de una clasificación tradicional, que quizás las encasillaría en la tipología de migrantes “con fines matrimoniales”, y las interpretaría como una migración dependiente. Justificar esta inutilidad es, precisamente, inútil. Sin embargo, y al menos en estos casos, puede decirse que la articulación entre la desigualdad en las relaciones de poder intergenéricas y su pertenencia a sociedades periféricas las coloca en una “posición desfavorable”, posición que de todos modos es mediada por su capital académico. Esta apreciación se confirma, en primera instancia, por el destino del proceso migratorio, un país central (España, Reino Unido, Italia, Estados Unidos)²⁷. Claro que hay una “negociación” entre el sentimiento y otras consideraciones, como posibilidades laborales propias y del otro, lazos familiares, intereses personales, el curso de las carreras de cada uno, una evaluación de las oportunidades que brinda cada formación social. Pero, finalmente, el destino termina siendo un destino masculino.

Gisela se enamoró de un español que estaba montando su empresa en Chile. Después de un tiempo de vivir esta relación allí y otro poco en Argentina, él decide regresar a España, “y yo decido que también me vengo —cuenta Gisela—. Ayudó también la pérdida de la única persona por la que me hubiese quedado en Chile. Y, además, antes de venir, ya tenía trabajo aquí, en un campo en el que había trabajado y que me gusta, en la empresa de un amigo de mi pareja, a quien yo conocía”. Carla también se enamoró de un español que conoció en una capacitación, en los Estados Unidos, de la empresa chilena para la que trabajaba, y tras el “flechazo” se fue a España a “probar si su relación funcionaba”: “el españolito era divorciado con dos hijos, a los cuales no dejaría para irse a Chile, así es que la que tenía que trasladarse era yo”.

Paula conoció a su novio italiano en un viaje. Después de una breve relación a la distancia, ella comenzó a buscar trabajo para él en Argentina, pero no encontró “nada convincente”, así que decidió que “la mejor idea era que yo me viniera para acá a terminar ... los estudios y que él siguiera trabajando y no perdiera su ‘carrera’ profesional” [...] “iba a probar qué onda, con él, con el idioma, con la experiencia de dejar mi casa, etc., me dije, si va todo mal, de última, aprendí un idioma”. Fabiana se enamoró, después de una larga relación de amistad a la distancia, de un británico de su misma profesión, y consideró que darse la posibilidad de “tener una buena relación con la persona con la que quería estar” pasaba por ir a vivir con él a Inglaterra: “era ostensible la diferencia entre lo bien que le va a John y cómo me iba a mí —a pesar de estar trabajando en muy buenas condiciones en Chile—, al punto de considerar que era casi un pecado cortarle las alas a su exitosa carrera profesional”. Constanza estaba terminando de cursar su carrera cuando conoció a otro argentino que en dos meses se iba a trabajar a Nueva York: “empezamos una relación sabiendo que él se venía, sin saber qué sería de ese ‘nosotros’ que estábamos construyendo ... llegó septiembre, él se vino con un mensaje claro para mí: ‘rendí los últimos finales, te espero allá’”.

La “mediación” del capital académico pasa por el curso que toma su proceso migratorio y la forma en que lo viven. Gisela, por ejemplo, estuvo casi dos años separada de su pareja, entre otras cosas, porque “necesitaba demostrarme a mí misma que podía hacer cosas sola y ‘triunfar’ en el primer mundo”. Constanza, después de un tiempo dedicado a “asentarse” en su nuevo rol de pareja, de perfeccionar su inglés y de intentar procesar sus vivencias como migrante, comenzó a trabajar en la misma organización que su esposo. Fabiana, en cambio, y al contrario de lo que se habían imaginado, tuvo dificultades para obtener trabajo, en buena medida por el área de su formación (Derecho). Ahora ha conseguido un puesto con una paga que representa un cuarto de lo que ganaba en Chile, y siente que “no cortamos sus alas pero yo sí corté las mías ... ES DURÍSIMO Y NADIE TE ENTIENDE”.

Pero a pesar de estas diferencias en la trayectoria de sus procesos y la forma de experimentarlos, emerge un enunciado en el discurso de la “migración por amor”, y es la sensación de haber hecho un sacrificio por el otro al tomar la decisión emigratoria, decisión que, de todos modos, se vive y define como autónoma: “siento que mi marido apreció ese total abandono en un comienzo, pero ya no tanto, lo que es constante razón de conflicto”, dice Fabiana. Paula, hablando de cómo se siente viviendo en Italia, cuenta: “a veces bien, a veces mal, y mi pareja lo percibe, obviamente, aunque trate de no hacérselo pesar demasiado, el hecho de que en definitiva me vine acá por él”, y este tratar de no hacérselo pesar tiene que ver con que “uno tiene que hacerse cargo de sus propias elecciones”. Y buena parte de esta “incomodidad” pasa por la dependencia económica: “me sentía demasiado mantenida ... hacía mucho tiempo que ya no pedía plata”, dice Constanza; Paula tenía una beca y recibía dinero de sus padres, además de que su pareja trabaja y gana más de lo que necesitan ambos, pero a causa del “corralito” su familia ya no pudo seguir ayudándole, entonces “me agarró una cosa que quizás puedas imaginar ... yo, acá, ‘sola’ (a pesar de mi novio), sin un mango (a pesar de mi novio, me sentía yo, sin nada), y sin muchas posibilidades de cambio [...] me tuve que comer el orgullo, sacar fuerzas no sé de dónde y tratar de seguir estudiando hasta terminar”. Esta forma de experimentación deja ver las huellas del habitus académico en las vivencias de estas migrantes, y el vínculo casi indisoluble entre el capital académico y el capital económico.

La crisis argentina del 2001 aparece aludida como causa directa de la decisión migratoria en algunos casos, y en muchos otros —como se vio— como detonante indirecto: “Nunca fui de las personas que pensaba en irse del país, pero cuando empezó todo lo del corralito en Argentina, a irse a la borda todos los años de duro trabajo para ahorrar para el futuro y la familia, más inseguridades con los secuestros tengas mucha plata o poca, decidí hacerlo”, explica Silvina. Este hecho, que diferencia las experiencias de las informantes argentinas que migraron recientemente respecto de las chilenas, devuelve las historias personales al escenario estructural. Trae al primer plano la relación entre el sentido de estos flujos migratorios (de países periféricos hacia países centrales) y las formas en que opera el nuevo modo de acumulación del sistema capitalista, un modo financiarizado caracterizado por la volatilidad económica, que coloca a nuestros países en una situación de vulnerabilidad (Giraldo, 2005).

Femina sapiens

En un grupo importante de entrevistadas, la decisión emigratoria estuvo marcada, casi exclusivamente, por su habitus académico: se fueron para comenzar o continuar su formación de posgrado. Se trata, como se vio, de mujeres que al momento de partir no tenían ningún vínculo formal de pareja. Es el caso de Miriam: “decidí venir porque la universidad ... a la cual asistía tenía un programa de intercambio con la Universidad Sofía de Tokio. Apliqué a la beca del Ministerio de Educación japonés y la gané. Decidí partir por dos razones principales. La personal, para lograr una apertura mental mayor, conocer otra cultura de la cual no tuviese conocimiento profundo ... La profesional, para obtener una formación que sumara a mi carrera, y una visión más amplia de mis perspectivas laborales ... Dejé todo, novio, trabajo, familia y me vine”.

La impronta de la pertenencia al campo académico, además de aparecer en el motivo mismo de la decisión, se evidencia en la elección del destino. Amanda llegó a los Estados Unidos “con la meta de aprender inglés y desarrollar mi carrera de artista en el campo de la pintura y las artes visuales”, “pensé en New York — explica— porque es uno de los mercados de arte más activos”. Jorgelina llegó por primera vez a los Estados Unidos con una beca para hacer un curso avanzado en Biología, y conoció en una conferencia a un investigador que luego contactaría para regresar a hacer su tesis y un doctorado, “Estados Unidos es

reconocido como el centro mundial de la ciencia e investigación —argumenta—, por lo tanto es el mejor lugar en el que me puedo desarrollar profesionalmente”. En este y otros casos del grupo se advierte la importancia de las redes académicas en las trayectorias migratorias. Sabina obtuvo una beca del gobierno japonés, y además de interesarle el “sistema de estudio” del país, pensó en ese destino porque se vincula directamente con su tema de investigación. Ella es *nikkei* —descendiente de japoneses—, es decir, su caso es uno de los ejemplos de las estrategias de captación y retención de estudiantes de los países centrales.

Hay condiciones objetivas que colocan a buena parte de estos destinos como polos dominantes en el mundo académico y artístico globalizado. Nueva York, junto a Londres, domina hoy el mercado del arte, y juntas explican cerca del 70% de las ventas en subastas y galerías (Addison, 2005). Aquellas que deben trabajar en vinculación directa con herramientas tecnológicas valoran los mayores recursos que en ese aspecto tienen en su nuevo destino, otro factor de estas “ventajas objetivas”. Pero también es cierto que las relaciones básicas de poder entre el campo académico central y el periférico se transfiguran, para legitimarse, en el poder simbólico del “prestigio” de muchas universidades y centros de investigación de aquellos países, en el capital específico que pasar por estas instituciones otorga a los agentes en el mercado laboral o en el propio campo académico, y en la propia percepción que los agentes tienen de esta ventaja: “Yo soy Bioquímica de profesión y las oportunidades laborales en mi campo son escasas en Chile. Por otra parte, la mayoría de la gente que consigue trabajo en mi área en Chile tiene experiencia laboral en el extranjero. Estudiar en Estados Unidos en un extra bonus que la mayoría de los empleadores quiere”, dice Jorgelina. De todos modos, hay cierto develamiento de este poder simbólico. Luciana, que está cursando un doctorado en los Estados Unidos después de hacer un master en Alemania, siente que la universidad estadounidense no está abierta a los espíritus críticos, y dice que ha vivido en carne propia “que los norteamericanos apliquen el sistema científico-técnico dominante que ellos mismos crearon y que no da lugar dentro de la academia a otros análisis”. Además este poder simbólico, y las relaciones básicas de poder que le subyacen, no está igualmente repartido en el mundo académico y profesional de los países centrales. Eliana, que está en Italia, cuenta que “como profesional no estoy en un país donde abundan los ‘informáticos’ de nivel, y obviamente no siento haber aprendido profesionalmente todo lo que me hubiese gustado”. Ella emigró por una oportunidad laboral para su esposo, novio entonces.

El habitus académico aparece también en la valoración del capital específico que han ganado con la experiencia migratoria. Además de la capacitación formal, casi unánimemente valoran el conocimiento de nuevas culturas y el enriquecimiento que ello supone. Insertarse en nuevas redes académicas o ampliarlas es otro capital específico considerado. El dominio de un nuevo idioma también aparece entre las “ganancias”, a pesar de que muchas lo viven en primera instancia como un obstáculo, en mayor o menor medida, y en diferentes ámbitos —y ello tiene, en algunos casos, repercusiones en las relaciones de poder intergeneracionales, cuando la pareja tiene un mejor dominio de la nueva lengua, o cuando este “no dominio” dificulta o impide una inserción laboral inmediata—. Especialmente en el discurso de las que pertenecen al campo de las humanidades y las artes, emerge como enunciado una sensación de mayor valoración de su actividad en el ámbito laboral específico o en la nueva formación social en que residen: “no hay que andar defendiendo el valor de la propia tarea”, opina Vanina; “ahora puedo decir que mi profesión es ser artista”, dice Amanda. Ese reconocimiento se traduce también en retribución, materializando el estrecho vínculo entre capital académico y capital económico: “Aquí, en Italia, aprendí que mi trabajo vale y que es un derecho que me paguen por él”, cuenta Evangelina. Silvia, que está en el Reino Unido, dice que “me gusta el hecho de que cada minuto que trabajo cuenta, y que se valora como corresponde”. Pero estas sensaciones son, también, una expresión de las diferencias que separan a las sociedades de origen respecto de las destino, y que orientan estos flujos migratorios.

La interpelación como sujetos del campo académico se transfigura en otro tópico que tematiza el discurso de aquellas mujeres que migraron para continuar su formación, y es la valoración de su desempeño en el campo en términos de clasificación. “La clasificación escolar —dice Bourdieu— es una discriminación social legitimada que ha sido sancionada por la ciencia” (1990: 279). El que en algunas entrevistas surjan situaciones como haber obtenido la mejor calificación de un curso o una exposición, haber sido seleccionada en una evaluación muy exigente, revela por un lado el peso simbólico de estos hechos para un habitus académico, pero por otro, desde una lectura bourdiana, una vivencia de clase, lo que el autor

denomina el “racismo de la inteligencia”, que domina “una sociedad fundada en la discriminación basada en la ‘inteligencia’, es decir, fundada en lo que mide el sistema escolar con el nombre de inteligencia [...] un racismo propio de las ‘elites’ que tienen intereses en la elección escolar, de una clase dominante que extrae su legitimidad de la clasificación escolar” (1990: 279).

La “mamamadre”²⁸

“Hay una propaganda en la televisión de acá ... Se muestra una casa, una familia donde hay tres chicos, uno de ellos un bebé. Se ven platos volando solos, el bebé siendo cambiado por manos invisibles, medias de hombre saliendo de un cajón ‘solos’... Hay muchas imágenes ... El trabajo de ama de casa y de mamá es invisible, después de un tiempo te sentís invisible, porque no terminás nunca. Y aunque no sea realmente así, es como si no diera frutos. El trabajo afuera, por poco que sea, te da otra satisfacción”. Como dice Bourdieu: “El hecho de que el trabajo doméstico de las mujeres no tenga una equivalencia monetaria contribuye a devaluarlo, incluso ante sus propios ojos, como si ese tiempo sin valor mercantil careciera de importancia y pudiera ser dado sin contrapartida, y sin límite, en primer lugar a los miembros de la familia, y sobre todo a los niños” (2000: 122).

La cita es de Verónica. Ella es mamá de dos chicos y está trabajando con una modalidad de tiempo parcial. Llegó a los Estados Unidos porque a su esposo (novio entonces) le ofrecieron un puesto de trabajo después de haber hecho su rotación como médico. Ella tenía trabajo en Argentina, pero no estaba marchando bien. Cuando llegó, trabajó por un tiempo como voluntaria en un hospital, porque “no sabía mucho inglés”. Pero al nacer su hija decidió quedarse en la casa, considerando el costo de niñeras y guarderías y el hecho de no tener familia cerca que pudiera ayudarla —razones esgrimidas por muchas de las mamás, tanto las que trabajan fuera como las que no—. “Ahora que son más grandecitos empecé a trabajar”, y eso, en buena medida, por su modalidad de trabajo y la flexibilidad horaria de su esposo, condiciones que les han permitido coordinar sus salidas para que los chicos no se queden solos.

Así como en las razones de la decisión migratoria, en la determinación de la permanencia o en la planificación del retorno, en la vida cotidiana de estas mujeres la maternidad es el elemento determinante para afirmar que, también en las migrantes calificadas, las relaciones de poder intergeneracionales operan, al menos en el ámbito hogareño, de tal modo que perpetúan la dominación masculina. Pero el nuevo contexto que supone la sociedad de residencia, sumado al capital académico de estas mujeres y a la forma en que ese capital se reconvierte en otros campos de la formación social, permiten cierto corrimiento a su favor en estas relaciones.

Sobre todo a partir de la expansión de la economía capitalista, las mujeres han tenido mayor injerencia en las actividades productivas y en la circulación de los recursos; la feminización de la mano de obra ha contribuido sistemáticamente a la constitución de la economía capitalista. Pero esto ha implicado un mayor trabajo para la mujer, ya que no se modificaron las relaciones patriarcales en la familia (Jelin y Paz, 1992). La afirmación también es valedera para las migrantes calificadas: “La mujer que trabaja se sigue ocupando de los hijos y de la casa. [...] Es como algo asignado a la mujer. Por más que trabaje 10 horas los quehaceres domésticos son para mí. Aunque mi marido colabora, tengo que pedirle que haga esto o aquello, no le nace de él”, dice Paola.

Cualquiera sea su situación laboral, las mujeres siguen siendo responsables de la crianza de los hijos y de las tareas domésticas, “la división intradoméstica del trabajo entre géneros es muy reacia a la transformación” (Jelin y Paz, 1992: 59). Se resiste incluso a la adquisición del capital académico por parte de la mujer, aunque ciertamente este capital le confiere herramientas de negociación que la favorecen respecto de las mujeres que no lo poseen, como un mayor “derecho de exigibilidad” de colaboración frente a la pareja, o la posibilidad de pagar una ayuda externa, que casi exclusivamente recae en otras mujeres. Sin embargo, esta opción está en buena medida vedada para las mujeres migrantes calificadas por el elevado costo de las niñeras, las guarderías o el personal doméstico: “No tengo empleada, ni para cuidar a los chicos ni para los quehaceres domésticos. Es algo muy difícil porque estoy siempre muy cansada”, explica Paola. “No es fácil conseguir niñera y además es muy caro. Mi esposo tiene un buen trabajo, así que por el momento nos mantenemos bien”, dice Marcela. Ella no está trabajando por ahora, pero planea hacerlo “*free lance*” cuando obtenga el permiso de trabajo. Y la opción de trabajar en forma independiente tiene que ver con la posibilidad de continuar a cargo

de sus hijos. La ayuda externa en las tareas de reproducción también suele provenir de otras mujeres de la familia, como hermanas, madres, tías, otra posibilidad con la que no cuentan estas mujeres, y esta carencia es un enunciado en el discurso de las migrantes madres: “Ser mamá es hermoso en cualquier país. El problema es estar lejos de la familia, no tener quién te cuide al bebé y tener que dejarlo en una guardería”, cuenta Ivana.

Sin embargo, la mayoría de estas mujeres, incluso las solteras, siente que estar en formaciones sociales donde las relaciones de poder intergeneracionales son más igualitarias, al menos en el ámbito doméstico, las ha beneficiado, o aliviado la carga de la reproducción: “creo mas bien que los hombres aprenden suavemente que están en una sociedad donde las mujeres tienen un lugar diferente”, opina Sonia, que está en Canadá. Victoria siente que su marido es un apoyo constante: “me ayuda en la casa con la limpieza, lava la ropa, va al supermercado, me ayuda a cocinar, a cuidar a mi hijo”. Llegó a los Estados Unidos para hacer un doctorado y luego se casó con un “local”, ahora tiene un bebé. Pero también sienten este “alivio” las que tiene parejas de las sociedades de origen. Raquel no está trabajando, y aunque su esposo, que también es argentino, tiene que pasar buena parte del día en la oficina, dice que “tengo la suerte de tener un marido muy colaborador que no reniega de las tareas domésticas”. El que se considere una “suerte” esta colaboración habla, de todos modos, de la forma en que nos hace experimentar la realidad un habitus conformado en un dispositivo de género desigual.

Muchas de las madres, tanto las que trabajan como las que planean hacerlo, coinciden en que la nueva formación social en la que residen les brinda oportunidades laborales más flexibles y “conciliatorias” entre su rol de madre y el profesional: “he conseguido el trabajo de mis sueños —cuenta Verónica—, total libertad, voy al laboratorio unas horas por día, el resto lo hago en casa. Si tengo que quedarme en casa por algún motivo (que los chicos no tengan clase o estén enfermos, etc.) no es problema, mando un e-mail a mi jefe explicando la situación y listo. Él me manda trabajo por e-mail, o me conecto a la red, y puedo trabajar a la hora que quiero, manejar mi tiempo como me sea más cómodo”. Pero son beneficios aparentes, al menos para las mujeres. No se trata de discutir logros como licencias por maternidad más largas, controles legales sobre la paridad en la asignación de puestos a hombres y mujeres, regulaciones que colocan a varias de estas sociedades de destino como países con mejores índices de igualdad de género²⁹. Pero los empleos a tiempo parcial, mayormente ocupados por mujeres, las excluyen de los juegos de poder en el campo profesional, y de las perspectivas de ascenso (Bourdieu, 2000). Entre las pérdidas que le ha implicado el proceso migratorio, Eliana, que es mamá de tres chicos, señala el no tener ayuda doméstica, “para poder dedicar más energías al trabajo, y poder acceder a puestos directivos (por falta de tiempo y energías)”. Verónica, aunque no podría aspirar a un puesto jerárquico porque ha cambiado su ámbito de trabajo, dice que “tampoco me interesa, no quiero esa responsabilidad, porque mis hijos todavía son chicos, yo no quiero comprometerme con un trabajo que me aleje mucho de mi familia”.

Estas vivencias nos conducen a un nudo temático importante en el cruce entre calificación y género: la dificultad por llevar adelante los roles de madre, ama de casa y profesional o, puesto en otros términos, la encrucijada entre la producción y la reproducción, que persiste en las mujeres migrantes. Esta disyuntiva es uno de los rostros del dispositivo de dominación masculina, que al colocar la carga de la reproducción en la mujer, se camufla con la necesidad de una elección. Nadia se “autolimita” en los trabajos que está dispuesta a tomar: “cuando uno es madre se le cambian las prioridades. Yo hoy no tomaría un trabajo que me implique viajar continuamente, trabajar largas horas o trabajar los fines de semana. Y antes de ser madre lo hacía”. Liliana piensa que “día a día estás dando menos de lo que quisieras en los dos roles, pero aun así me siento satisfecha con lo que hago en ambos”.

Las madres del grupo de entrevistadas que han dejado de trabajar, o aquellas que han postergado su ingreso o reinserción al mercado laboral para cuidar a sus hijos, viven esta decisión como una elección o una opción lógica. “Actualmente no trabajo por decisión propia, aproveché el cambio de rumbo en mi vida para disfrutar más a mi hija y hacer varias cosas que tenía pendientes —cuenta Analía—. Mi marido trabaja en relación de dependencia y con muy buenas condiciones que nos permiten vivir con un solo sueldo”. Ella migró porque su esposo tenía una propuesta firme de trabajo en España. Él es español de origen, aunque vivió la mayor parte de su vida en Argentina. “Pude desarrollarme plenamente en mi ámbito y lograr los objetivos profesionales que me había planteado. Quizás por eso en este momento no me interese volver a

trabajar”, explica. En los otros casos también es el buen ingreso de la pareja el que, en cierta forma, habilita esta opción, pero el resto planea volver a trabajar, o empezar a hacerlo, en el caso de Sandra. Ella nunca trabajó en Chile en su ámbito de formación, pero ahora piensa capacitarse en un área laboral acorde con su papel de mamá: “ellos son primero que todo, de hecho voy a estudiar para ser profesora en un jardín, de manera que los horarios de trabajo y vacaciones coincidan con ellos y no tengan que andar por ahí para que los cuiden”.

La empresa en la que Raquel trabajaba en Buenos Aires le ofreció mantenerle un puesto semejante en España cuando ella decidió emigrar por el traslado de su esposo, pero no aceptó porque el horario sería más extenso, y eso le impediría ver a su hijo buena parte de la semana. Ha aprovechado este tiempo para compartir con él, estudiar idiomas, y ha seguido investigando en temas vinculados a su formación, pues la empresa en la que trabaja su marido le asigna un presupuesto para continuar capacitándose y facilitar así su reinsertión laboral. Planea tomar un empleo de tiempo parcial después de que nazca su nuevo bebé. De todas maneras, siente que el no trabajar la hace retroceder profesionalmente, y que “hay concesiones internas importantes que tiene que hacer la mujer universitaria con estudios de postgrado y que deja de ser independiente económicamente. [...] A veces añoro gastar el dinero generado con mi propio esfuerzo laboral como hacía en Argentina. Pero pienso que en estos momentos ocuparme de mi hijo es más gratificante que estar trabajando en una oficina con un horario extenso”.

Además de un efecto de la operatoria del dispositivo de género, que carga sobre las mujeres las tareas de la reproducción y les dificulta su papel productivo, la contradictoria relación entre estos roles es, en las mujeres calificadas, el resultado de su paso por el campo académico, que imprime en su habitus expectativas de logro en ámbitos de la vida distintos del entorno familiar, lo que a su vez conduce al inextricable vínculo entre el capital académico y el capital económico. Puestas a imaginarse cómo habría sido su experiencia migratoria si no hubiesen sido madres, todas —tanto las que trabajan fuera del hogar como las que no— plantean que habrían canalizado sus energías hacia el campo profesional o académico. Marcela dice que “me habría concentrado en mí y mi carrera en vez de mis hijos, sus actividades y adaptación”. Silvina piensa que, al tener menos presiones, habrían tomado más riesgos: “hubiéramos trabajado más horas o estudiado algo más acá y entonces quizás ganado algo más de dinero o ahorrado más seguro”.

Del enfrentamiento entre el habitus femenino (conformado en un dispositivo que opera sobre la desigualdad) y este habitus académico es que devienen la incomodidad o el pre-juicio. Analía se siente incomprendida por no pretender volver a trabajar: “hay presión familiar y externa para volver a la vida profesional. Y entre mujeres es peor porque está el prejuicio de no ser la Super Mujer que puede con todo”. Belén reconoce tener estos prejuicios: “en general pienso que la gente debe hacer lo que quiera, dentro de límites obvios, pero en este caso concreto, dado que no me resulta incompatible tener familia y/o vida personal y profesional, critico la opción ‘ser esposa-madre-ama de casa y nada más’”. Fabiana comparte esta percepción al explicar uno de los motivos de su malestar actual: “hasta ahora he pasado de ser una persona sumamente ejecutiva en Chile, a una dueña de casa tiempo completo en [Inglaterra], lo que no me agrada demasiado”.

Pero también aparece la idea de la “elección” como forma de entender las posturas ante esto que la formación social hace vivir como una disyuntiva de difícil conciliación. Evangelina cree que “no se respeta que la mujer pueda elegir. Las mujeres que deciden quedarse en casa con su familia tienen prejuicios en relación con las que trabajan y prefieren su profesión. Y las profesionales que trabajan tienen prejuicios en relación con las que se quedan en casa. Parece que todo se reduce a las ‘locas’ o las ‘frustradas’”. El problema es que se trate verdaderamente de una elección, o que el pensarlo en estos términos no haga perder de vista que, en el proceso de reproducción, hay permanentemente un proceso de producción oculto (Rosemberg, 2003), o deliberadamente ocultado.

Una declaración de independencia

Habitualmente se piensa que a través de la migración las mujeres logran modificar, en buena medida, la relación de desigualdad respecto de los hombres, pues en el nuevo contexto social tienen mayor control sobre los recursos que generan y sobre sus propias vidas. Y generalmente se liga esta mejora con el acceso al trabajo extradoméstico remunerado. Pero como advierte Ariza, siguiendo a Morokváic en esta

argumentación, “atribuir al trabajo tales virtudes transformadoras no es más que caer en la trampa evolucionista de esta perspectiva de análisis que ve en el mismo un factor de progreso porque es un valor de su propia sociedad, un valor de la ‘modernidad’” (2000: 48).

En el discurso de las entrevistadas, uno de los enunciados que más claramente se recorta es la sensación de haber ganado independencia a causa de la experiencia migratoria, libertad, seguridad y confianza en sí mismas, madurez, fuerza, conocimiento de sí, autoestima y autosuficiencia. Estas sensaciones recorren las vivencias de las mujeres solteras o con vínculos de pareja, de las que estudian, de las que trabajan fuera del hogar y de las que no, de las que tienen o no tienen hijos. Pero, al contrario de lo que se tiende a pensar, esta “ganancia” no se liga exclusiva y directamente a la acumulación de capital económico que para muchas de ellas ha supuesto la migración, sino mayoritariamente a las experiencias vitales generadas por el proceso migratorio, y a la relativa desvinculación del entorno familiar y social del país de origen. Sería bueno poder determinar, a través de otras investigaciones, en qué medida estas experiencias estarían marcadas por el *habitus* académico y de clase de estas mujeres.

Otro rasgo muy importante de estas vivencias es que, en ningún caso, se vinculan a lo que podría leerse como un corrimiento en su favor de las relaciones de poder intergeneracionales en la pareja o el entorno académico o laboral —la mayoría percibe que, en mayor o menor medida según el país en que residen, siguen persistiendo desigualdades de género en estos dos ámbitos, aunque bastante más atenuadas que en sus sociedades de origen, excepto las que están en Japón—. Respecto de la pareja surge, sí, una sensación de afianzamiento, que se relaciona con esta contracción de la red de vínculos familiares y de amistad con que se contaba en la sociedad de origen.

Sobre todo aquellas que son solteras experimentan una “relajación” de la capacidad del dispositivo de género de “poner en forma” las conductas, actitudes y experiencias. Corina dice que se siente más independiente respecto de “lo que hago o no hago con mi tiempo libre. La gente con que me junto o salgo. Las decisiones que tomo o no tomo. En Chile, siento que hay como una expectativa y una sutil presión social a que lleves tu vida de determinada manera”. Esa “determinada manera” implica, en las sociedades de origen, casarse a cierta edad y tener hijos, imperativo muy vinculado al concepto de “ciclo de vida”, y por ende, a una concepción biologicista de lo que supone ser hombre o mujer. “Creo también que ser soltera a los 34 años acá [en el Reino Unido] es más fácil que en Chile ..., [donde] hay una presión mayor para casarse y la vida social esta más arreglada para parejas”. Mariza comparte esta sensación: “en Argentina me sentía ‘en falta’ porque pasé los 30 y no me casé ni tengo hijos. Lo primero que a uno le preguntan en Argentina es eso. En Canadá somos muchas las mayores de 30 solteras sin hijos y las elecciones personales se respetan”.

Esa clase de distancia

Las condiciones de existencia de cada clase van imponiendo inconscientemente un modo de clasificar y experimentar lo real a través de la formación del *habitus* (Bourdieu, 1990). Para una parte importante de las clases medias y altas de nuestras formaciones sociales tiene una alta valoración el poder simbólico que la vinculación con el campo académico supone, el capital específico que esa vinculación implica, y las aspiraciones que, en otras especies de capital, son transables a partir de ese lazo. Y esta valoración se va imprimiendo en el *habitus* de diversas maneras: “En mi familia siempre se dijo ‘cuando te vayas a hacer un posgrado al extranjero ...’, así que desde que tengo memoria, para mí era normal pensar que una vez que terminara la carrera me iría a alguna parte”, cuenta Gisela.

Sería ingenuo pensar que la población inmigrante está desprovista de toda jerarquía y diferenciación social (Sayad, 1998), esa es una de las razones por la que es erróneo hablar de “colectivos” en este ámbito temático. Aunque esta investigación no tuvo propósitos comparativos, en el discurso de estas migrantes, en las experiencias que discursivizan, y en la manera de tematizarlas, es posible advertir que su experiencia como migrantes mujeres está moldeada por esta pertenencia de clase. Probablemente estas palabras de una de las entrevistadas son sintetizadoras de esta afirmación: “ser visto como inmigrante es ser identificado con el perfil de inmigrante, que tú conoces mejor que yo. A ojos normales es ser, fundamentalmente, pobre. Para mí supuso que soy vista de una manera muy distinta a como se me vería en Chile. Es curioso”. Esta resistencia a la “confusión” entre el estatuto jurídico de extranjero y la condición social de inmigrante

(Sayad, 1998) habla de la forma en que las condiciones de existencia de una clase determinan la forma de experimentar el mundo y a uno mismo en ese mundo.

Aunque la desvalorización del capital simbólico que provoca la feminidad parece, entonces, un hecho insoslayable, también es muy cierta la diferencia objetiva y subjetiva en la experiencia de la dominación masculina a partir de las desigualdades económicas y culturales. Si bien esta investigación hace pequeños aportes, es preciso avanzar en la comprensión de estas diferencias.

Sólo porque el nivel de saturación del enunciado lo pide, vale la pena esta acotación a un tema tan complejo: quizás porque hablar de clases significa hablar de desigualdad, hay en la mayor parte de las entrevistadas un “desconocimiento de clase” ante la interrogante sobre si creen que el estrato socioeconómico del que proviene una migrante determina las posibilidades de tener una experiencia laboral o académica “exitosa” o favorable. “No creo que tenga ninguna influencia. Nunca nadie se enteraría del ‘estrato socioeconómico’ del que una persona proviene para el desenvolvimiento académico o laboral”, opina Cintia. Pero el “desconocimiento” no pasa por no reconocer el “estrato socioeconómico” del que se proviene —aunque una clase es, lógicamente, mucho más que eso—, sino por obviar lo que esa pertenencia ha implicado: “en el caso particular de los migrantes, creo que la formación con la que vengan de su lugar de origen condiciona mucho más las posibilidades de obtener un buen puesto de trabajo que el estrato socioeconómico del que provengan”, piensa Vanina. En la mayoría se produce esta escisión entre clase y calificación, esta elusión del hecho de que su pertenencia de clase ha permitido su acceso a la universidad, y la posibilidad de una inserción favorable se atribuye más bien, además de al nivel de formación, a la capacidad de adaptación del migrante, su motivación, su esfuerzo. De todas maneras, otro grupo advierte esta ventaja objetiva: “en cuanto a las migrantes con formación profesional, en realidad su origen socioeconómico condicionó su formación profesional de entrada y esto es lo que se pone en juego al buscar un puesto de trabajo”.

In conclusiones

“El habitus es principio de invención, pero entre límites” (Bourdieu, 1990:87). El artículo ha explorado, sobre todo, esos límites. Para las conclusiones, quedémonos con el principio de invención. El cambio en la experiencia vital que la migración implica encierra la potencialidad de alterar los itinerarios personales, incluso radicalmente (Ariza, 2000). En las relaciones de poder intergeneracionales de muchas de estas emigrantes calificadas de sociedades periféricas se observan ciertos corrimientos, ciertas transacciones de fuerza en su favor, vinculadas sobre todo a este nuevo contexto de formaciones sociales más igualitarias en términos de género. Comprender mejor estos procesos pone en evidencia la necesidad de nuevas investigaciones: sobre las relaciones de género en las mujeres no calificadas del mismo origen y hacia los mismos destinos, sobre mujeres calificadas que emigran entre países centrales, y sobre las vivencias masculinas en estos desplazamientos.

Es cierto que no pueden perderse de vista las estructuras objetivas que determinan las relaciones de fuerza que se enfrentan en cada campo, y que generan desigualdades entre hombres y mujeres, entre mujeres nativas y mujeres inmigrantes, y entre las propias mujeres migrantes. Pero también es cierto que existe una interacción dialéctica entre esas estructuras y los obstáculos y oportunidades de la situación presente, en la que entra en juego el habitus de los agentes. Y ese habitus tiene parte ligada con lo impreciso y lo vago, aspecto que se afirma en la confrontación improvisada con situaciones siempre renovadas. Es en ese enfrentamiento donde reside la posibilidad del cambio (donde hay poder, hay resistencia). En ese elemento de espontaneidad está latente la esperanza de las pequeñas revoluciones, agavillada como un ave a punto de emigrar³⁰.

Notas

* Becaria por el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina). Licenciada en Comunicación Social, Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de Entre Ríos (Argentina).

1 La elección de los países de origen responde a la importancia de sus flujos de emigración calificada a nivel regional. Para el 2000, por ejemplo, el 34% de los argentinos residentes en países de la OCDE (Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo) tenía estudios de nivel terciario (segundo

lugar entre los países latinoamericanos y caribeños, después de Venezuela), y esa proporción era del 32% entre los chilenos (que ocupaban el cuarto lugar) (Pellegrino, 2006). Aunque hay que tener en cuenta que esta proporción se calcula considerando sólo la migración documentada (la indocumentación afecta más a los migrantes no calificados), no dejan de ser cifras significativas.

2 Esta ley tuvo otras derivaciones en términos poblacionales. Al incrementarse la acumulación del capital se generó un progreso industrial, y el sistema desarrolló estrategias para obtener más trabajo del asalariado: prolongando su jornada, intensificando su trabajo, o reemplazándolo por mano de obra más barata, como la de las mujeres y los niños. Como, por sus condiciones de trabajo, el obrero de la gran industria tenía una baja esperanza de vida, se requería además un relevo rápido de las generaciones obreras, lo que se lograba a través de matrimonios prematuros y “mediante la materia prima que a la explotación de los niños obreros brinda la procreación” (Marx, 2005: 201). La disminución de la demanda de trabajo en el sector agrícola, debida a la incorporación de maquinaria, produjo también una migración rural-urbana.

3 Entendiendo a una *formación social* como “un sistema de relaciones de fuerza y de sentido entre los grupos y las clases” (Bourdieu, 1990: 20).

4 La transferencia neta de recursos financieros de los primeros a los segundos alcanzó, en el 2001, los 333 mil millones de dólares (Giraldo, 2005).

5 Sitios estratégicos de la economía global, que constituyen centros para el servicio y el financiamiento del comercio, la inversión y las operaciones de las oficinas centrales internacionales (Sassen, 2003a).

6 Esta invisibilidad no alude solamente a que la migración femenina no fuese tematizada, sino a que muchas veces se lo hacía desde una perspectiva masculina en la que la mujer desempeñaba un rol pasivo, asociacional, acompañando al hombre en el proceso de migrar. Es pertinente preguntarse del entrecruzamiento de qué procesos, líneas tendenciales y fuerzas heterogéneas (instituciones, procesos económicos y sociales, sistemas de normas) surge este objeto en el discurso científico, cómo es que las prácticas sociales engendraron este dominio de saber (Foucault, 1983), sobre todo porque las respuestas a estas interrogantes estarían hablando de la forma en que opera el dispositivo a partir del cual se establecen relaciones de género desiguales. También cabría interrogarse sobre los efectos de poder que circulaban en esta imposibilidad de pensar al sujeto migrante como mujer. Como tales cuestionamientos exceden los propósitos de este artículo, baste decir que suelen atribuirse los obstáculos a la constitución de la migración femenina como objeto de estudio, entre otros factores, a las “tradiciones teóricas” que nutrieron los estudios de la migración, especialmente la teoría de la modernización, y al “sesgo de género que sin excepción compartieron en su nombre todas las ciencias sociales” (Ariza, 2000: 27).

7 Raghuram ha hecho algunas observaciones al respecto, señalando la existencia de ciertos nichos ocupacionales para las mujeres calificadas en las “industrias del cuidado” (*caring industries*) (Raghuram, 2000; Raghuram y Montiel, 2003). Un estudio comparativo sobre la emigración reciente de argentinos, colombianos y ecuatorianos a España provee datos que también pueden ser leídos desde esta presunción: las mujeres de las tres nacionalidades presentan una notable mayor presencia en la rama de actividad correspondiente a “educación y salud”, y se observa una menor representación como “directivos de empresa” que los hombres, y mayor, en general, en la categoría “técnicos y profesionales de apoyo” (Cacopardo, Maguid y Martínez, 2006).

8 Aunque las desigualdades no son reductibles a cifras, este tipo de datos hacen un aporte “condensador”. Hay países de la región que tienen cerca del 10% de sus profesionales y técnicos en el exterior. Algunos datos provistos por UNESCO indican que los países “en desarrollo” tienen en promedio ocho veces menos investigadores por habitante que los países de la OCDE, y mientras que el promedio de matriculación en la educación superior en los países de bajos ingresos es cercano al 10% de la población, en los países de la OCDE asciende al 56% (Thorn y Holm-Nielsen, 2005).

9 La NSF (*Nacional Science Foundation*) estima un crecimiento cuatro veces mayor de las ocupaciones para científicos e ingenieros respecto del resto en los Estados Unidos, entre 1998 y el 2008. Esto supone una generación de 1,9 millones de ese tipo de empleos durante la década contemplada, es decir, un crecimiento de alrededor del 51% en estas oportunidades de trabajo (Pellegrino y Martínez, 2001).

10 Estados Unidos es probablemente el país con mayores antecedentes en la orientación de sus leyes migratorias en esta dirección, y donde los beneficios de esta decisión son más notorios. La legislación canadiense cuenta con un programa de admisión de inmigrantes especialmente favorable para personas altamente capacitadas, basado en un sistema de puntos. Japón comenzó a tomar medidas para recuperar a sus descendientes emigrados con calificación desde 1990, y ha implementado una política de becas con el propósito de captar estudiantes extranjeros. Los países europeos siempre mantuvieron cierta flexibilidad en el otorgamiento de permisos de residencia para personas con formaciones y capacitaciones muy

especializadas, y en los últimos años han puesto en marcha programas destinados a la captación de inmigrantes con determinadas calificaciones (Pellegrino, 2002).

11 Durante la década de 1990, el desempleo abierto de personas calificadas creció del 3,8 al 6,6%, y la subutilización del personal altamente calificado (desocupación abierta e ingresos que no se corresponden con la inversión educativa realizada) afectaba en las zonas urbanas a 4,5 millones de personas de un total de 19 millones con ese nivel de formación (CEPAL, 2002).

12 Intento liderado por los Estados Unidos, Australia y Japón —el primero, según estimaciones, recibe anualmente un flujo por encima de los 7 billones de dólares por la exportación de servicios educativos— (D’Costa, 2005; Rodríguez Gómez, 2005).

13 Bourdieu toma partido por la postura que afirma que el sexo es también —como el género— una construcción histórico-cultural. Este enfoque es una mirada discutida, autoras como Stolcke y Lagarde (1997) hablan del sexo como un hecho biológico y del género como un hecho cultural. A pesar de esta crucial divergencia, varios autores coinciden en que las diferencias corporales tienen un impacto de tal magnitud que lo sexual, apoyado en ellas, pasa a ser el fundamento principal para la clasificación y diferenciación social y cultural entre lo femenino y lo masculino.

14 Por una decisión explícita (para no “poner en forma”), Bourdieu no da una definición acabada y unívoca de su categoría de *campo*, pero algunas de las pinceladas con que la delinea pueden ayudar a comprender a qué se refiere: “En un campo están en lucha agentes e instituciones, con fuerzas diferentes y según las reglas constitutivas de este espacio de juego, para apropiarse de las ganancias específicas que están en juego” (Bourdieu, 1990: 157). Por eso es que son dos los elementos constitutivos del campo: “la existencia de un capital común y la lucha por su apropiación” (Bourdieu, 1990: 19).

15 En América Latina, por ejemplo, el 45% de los estudiantes de las instituciones de educación superior provienen de las capas medias de la sociedad, que representan el 15% de la población (Rama, 2002).

16 Es importante no perder de vista que no se considera aquí la forma puntual en que ciertas coyunturas económicas, políticas o específicamente académicas en los países centrales pueden haber actuado sobre los flujos de migrantes calificados de ambos países.

17 La noción de “fuga” —habitualmente utilizada para referirse a la emigración calificada—, con esta carga valorativa negativa desde el punto de vista de los países de origen, puede no ser muy apropiada, sobre todo porque pone demasiado énfasis en los factores de expulsión que originan la migración, con lo que, aunque no deliberadamente, tiende a minimizarse el marco estructural en que este proceso ocurre. La expresión condensa de manera adecuada el exilio de muchos intelectuales, científicos, académicos y artistas a causa de las dictaduras que afectaron al cono sur por 1970 y 1980. Pero probablemente debería limitarse a nombrar ese proceso.

18 Esta afirmación no se sustenta en informaciones estadísticas, sino en entrevistas realizadas por Adela Pellegrino a autoridades nacionales vinculadas con el tema (Pellegrino, 2003). Considerando la población emigrante en su totalidad, los principales países de recepción hacia el 2000 eran los Estados Unidos (125 mil personas), España (105 mil) e Italia (52 mil) (Martínez, 2003a y 2003b; CEPAL, 2006).

19 Un dato llamativo si se considera que el deterioro de las condiciones laborales para los trabajadores calificados afectó diferencialmente a hombres y mujeres, en perjuicio de ellas —y que por lo tanto exige mayor investigación—. Para 1990 la tasa de desempleo entre la PEA con formación profesional en las zonas urbanas era de 2,5% en los hombres y nula en las mujeres, mientras que en 1999 el índice era de 6,4% en los hombres y 7,7% en las mujeres. Esta diferencia es aún más preocupante si se considera que la población con calificación técnica y profesional entre la PEA tuvo un mayor crecimiento entre las mujeres que entre los hombres en este mismo período: mientras que entre los hombres creció un 1,9%, entre las mujeres lo hizo en un 5,3% (CEPAL, 2002).

20 A pesar de la deliberada captación de estudiantes extranjeros por parte de los países centrales, “los países latinoamericanos no son grandes consumidores de educación superior en el extranjero” (Rodríguez Gómez, 2005: 225). No más del 1% de la matrícula argentina y del 1,1% de la chilena emigraría para realizar estudios superiores en el extranjero, aunque la proporción se elevaría si se consideran únicamente los estudios de posgrado.

21 Los principales destinos extrarregionales de los emigrantes chilenos hacia el 2000 los constituyeron los Estados Unidos (81 mil personas), Suecia (27 mil), Canadá (25 mil), Australia (23 mil) y España (18 mil). Su presencia en el Reino Unido, el otro país en que residen las mujeres chilenas que formaron parte del grupo de informantes de esta investigación, era de 5.131 personas en ese año (Martínez, 2003a y 2003b; CEPAL, 2006; Ministerio de Relaciones Exteriores, DICOEX, INE, 2005).

22 Se trata de 38 mujeres (26 argentinas y 12 chilenas), de entre 27 y 53 años, que emigraron desde 1990 en adelante, y que actualmente están residiendo en los Estados Unidos (17), España (8), Canadá (5), el Reino Unido (3), Italia (3) y Japón (2). Once de ellas son solteras, 8 viven en pareja, una está divorciada y 18 están casadas, de las cuales 14 tienen hijos o estaban embarazadas al momento de ser entrevistadas.

23 Concebido como un conjunto de frases y textos del que podemos extraer enunciados (Deleuze, 1991:26). Por *enunciado*, a su vez, se entiende “cada momento del discurso en su irrupción de acontecimiento, en esta puntualidad en que aparece, y en esta disposición temporal que le permite ser repetido, sabido, olvidado, transformado” (Foucault, 1983:96).

24 Este trabajo de campo consistió en la realización de tres “entrevistas virtuales semiestructuradas y diferidas” a cada una de las informantes (aunque tres de ellas no respondieron a la última). La “virtualidad” se vincula, obviamente, a la utilización de Internet como “espacio” de aplicación del cuestionario semiestructurado. El rasgo de “diferida” obedece a que cada informante contó con un plazo de 10 a 15 días para responder a las preguntas enviadas.

25 Entendiendo por “tematizar” el modo en que un discurso otorga un determinado formato a un referente.

26 Me refiero a la noción bourdiana de “poner en forma”: “Poner formas, es dar a una acción o a un discurso la forma que es reconocida como conveniente, legítima, aprobada [...] La regla actúa ... por la fuerza de la forma” (Bourdieu, 1988: 90-91). El matrimonio “legal” sería entonces la relación de pareja “puesta en forma”.

27 La primera etapa migratoria de Liliana contradice en un aspecto esta afirmación, porque su destino inicial es otro país periférico. Pero entonces el criterio de determinación fue la mejor posición laboral en la pareja, un elemento que también es contemplado en estos casos.

28 Poema de Pablo Neruda que es parte del Memorial de Isla Negra I, y que puede leerse como una oda a la desigualdad de género.

29 Comparando el Índice de Desarrollo relativo de Género (IDG) —que mide el logro en las mismas dimensiones y con las mismas variables que el Índice de Desarrollo Humano (IDH), pero tomando en cuenta la desigualdad de logro entre mujeres y hombres— de algunos de los principales países de destino de la migración calificada argentina y chilena respecto de los países de origen, se advierten cifras más elevadas para los primeros. Si bien Argentina y Chile se encuentran entre los mejor posicionados de la región según estos indicadores, y presentan valores que se ubican en el rango de los países con alta igualdad de desarrollo humano según género (esto es, un puntaje superior a los 0,800, con 0,854 para Argentina y 0,846 para Chile), los países de destino considerados muestran valores superiores a los 0,920 puntos, y se cuentan entre los primeros 21 puestos de este *ránking*, frente al lugar 34 de Argentina y 38 de Chile (PNUD, 2005).

30 De la canción de Joaquín Sabina “Dos horas después”, en el álbum “Alivio de luto” (2005).

Bibliografía

- Addison, Tony 2005 “The international mobility of cultural talent”, International mobility of talent and development impact project meeting, organizada por CEPAL y el World Institute of Development Economics Research, 26 y 27 de mayo (Santiago de Chile).
- Ariza, Marina 2000 *Ya no soy la que dejé atrás ... Mujeres migrantes en República Dominicana* Instituto de Investigaciones Sociales (México: Plaza y Valdés).
- Aylwin, Mariana et al. 2001 (1990) *Chile en el siglo XX* (Santiago de Chile: Planeta Chilena).
- Balbuena, Patricia 2003 “Feminización de las migraciones: del espacio reproductivo nacional a lo reproductivo internacional”, en *Revisa Aportes Andinos* (Quito, Universidad Andina Simón Bolívar) N° 7 *Globalización, migración y derechos humanos*.
- Borón, Atilio 1991 *Memorias del capitalismo salvaje. Argentina. De Alfonsín a Menem* (Buenos Aires: Imago).
- Bourdieu, Pierre 2003 (1999) *Intelectuales, política y poder* (Buenos Aires: Eudeba).
- 2000 (1998) *La dominación masculina* (Barcelona: Anagrama).
- 1990 (1984) *Sociología y cultura* (México: Grijalbo).
- 1988 (1987) *Cosas dichas* (Buenos Aires: Gedisa).
- Cacopardo, María Cristina; Maguid, Alicia y Martínez, Rosana 2006 “La nueva emigración de latinoamericanos a España: el caso de los argentinos desde una perspectiva comparada” II Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, Guadalajara, México, 3 al 5 de septiembre.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) 2006 *Migración internacional, derechos humanos y desarrollo* (Santiago de Chile: CEPAL).
- 2004 *Panorama Social de América Latina 2004* (Santiago de Chile: CEPAL).

- __ 2002 *Panorama social de América Latina 2001-2002* (Santiago de Chile: CEPAL).
- Correa, Sofía et al. 2001 *Historia del siglo XX chileno* (Santiago de Chile: Editorial Sudamericana).
- D'Costa, Anthony (2005), "The international mobility of technical talent: trends and development implications", International mobility of talent and development impact project meeting, organizada por CEPAL y el World Institute of Development Economics Research, 26 y 27 de mayo (Santiago).
- Deleuze, Gilles 1991 *Foucault* (México: Paidós).
- Denman, Catalina et al. (1999), "Magdalena de León (comp.) (1997), Poder y empoderamiento de las mujeres, Bogotá, Coedición de Tercer Mundo Editores, Fondo de Documentación Mujer y Género de la Universidad Nacional de Colombia", en revista *Región y Sociedad* (Obregón, México: El Colegio de Sonora) Vol. XI, N° 18.
- Depolo C., Sebastián y Henríquez A., Guillermo 2006 "Emigración y exclusión social en el mercado laboral chileno", en revista *Sociedad Hoy* (Concepción, Chile: Universidad de Concepción) N° 10.
- Dos Santos, Theotonio 1971 "La estructura de la dependencia", en Sweezy et al. *Economía política del imperialismo* (Buenos Aires: Periferia).
- Durston, John 2000 *¿Qué es el capital social comunitario?* serie *Políticas Sociales* N° 38 (Santiago de Chile: CEPAL).
- Escolar, Cora 2004 "Pensar en/con Foucault", en revista *Cinta de Moebio* (Santiago de Chile: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile) N° 20.
- Foucault, Michel 1995 (1981) *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones* (Buenos Aires: Alianza).
- __ 1990a (1976), *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores).
- __ 1990b (1981) *Tecnologías del yo y otros textos afines* (Barcelona: Paidós Ibérica).
- __ 1983 *El discurso del poder* (México: Folios).
- Giraldo, César 2005 "Financiarización: Un nuevo orden social y político", en Rodríguez, Oscar (comp.), *Sistemas de protección social: entre la volatilidad económica y la vulnerabilidad social* Tomo I (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia).
- Harnecker, Marta 1999 *La izquierda en el umbral del siglo XXI. Haciendo posible lo imposible* (México: Siglo XXI Editores).
- Iniesta, Rafael 1989 "La Economía Política del Gobierno Radical", en revista *Nuevo Proyecto* (Buenos Aires) 5-6.
- Jelin, Elizabeth y Paz, Gustavo 1992 "Familia / género en América Latina: cuestiones históricas y contemporáneas", en Internacional Union for the Scientific Study of Population *El poblamiento de las Américas. Actas Volume 2* (Veracruz, México).
- Jiménez Julià, Eva 1998 "Una revisión crítica de las teorías migratorias desde la perspectiva de género" (Barcelona: Centre d'Estudis Demogràfics).
- Lagarde, Marcela 1997 "La sexualidad", en *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas* (México: UNAM).
- Martínez, Jorge 2005 *Globalizados pero restringidos. Una visión latinoamericana del mercado global de recursos humanos* serie *Población y Desarrollo* N° 56 (Santiago de Chile: CEPAL).
- __ 2003a *El encanto de los datos. Sociodemografía de la inmigración en Chile según el censo 2001* serie *Población y Desarrollo* N° 49 (Santiago de Chile: CEPAL).
- __ 2003b *El mapa migratorio en América Latina y el Caribe, las mujeres y el género*, serie *Población y Desarrollo* N° 44 (Santiago de Chile: CEPAL).
- Marx, Karl 2005 (1867) *El capital. Crítica de la Economía Política* (Buenos Aires: Gradfco).
- Masseroni, Susana y Sauane, Susana 2004 "Crisis y subjetividad. La situación social en argentina vista por mujeres de clase media", en revista *Papeles de Población* (Toluca, México: Universidad Autónoma del Estado de México) N° 39, enero-marzo.
- Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile: Dirección para la Comunidad de Chilenos en el Exterior (DICOEX), Instituto Nacional de Estadísticas (INE) 2005 *Chilenos en el exterior. Dónde viven, cuántos son y qué hacen los chilenos en el exterior* (Santiago de Chile: INE).
- Novick, Susana y Murias, María Gabriela 2005 *Dos estudios sobre la emigración reciente en la Argentina* Documento de Trabajo (Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Buenos Aires).
- Oteiza, Enrique 1971 "Emigración de profesionales, técnicos y obreros calificados argentinos a los Estados Unidos. Análisis de las fluctuaciones de la emigración bruta, julio 1950 a junio 1970", en revista *Desarrollo Económico* (Buenos Aires, Instituto de Desarrollo Económico y Social) Vol. 10 39-40.
- Paz, Pedro 1989 "La gestión económica del radicalismo (1983/88)", en revista *Nuevo Proyecto* (Buenos Aires) 5-6.

- Pellegrino, Adela 2006 “La migración calificada en América Latina”, ponencia presentada al Encuentro Iberoamericano sobre Migración y Desarrollo, Secretaría General Iberoamericana (SEGIB), Madrid, 18 y 19 de julio.
- 2003 *Migración de mano de obra calificada desde Argentina y Uruguay*, Estudios sobre Migraciones Internacionales 58 S, Programa de Migraciones Internacionales (Ginebra: OIT).
- 2002 “Reflexiones sobre la migración calificada”, en revista *Capítulos* (Caracas: Sistema Económico Latinoamericano) N° 65 *Las migraciones internacionales en América Latina y el Caribe*.
- 2001a “Drenaje, movilidad, circulación: nuevas modalidades de la migración calificada”, en CEPAL, CELADE, OIM, BID, FNUAP *La migración internacional y el desarrollo en las Américas, Simposio sobre migración internacional en las Américas* (Santiago de Chile: CEPAL).
- 2001b *Migrantes latinoamericanos y caribeños. Síntesis histórica y tendencias recientes* (Santiago de Chile: CELADE, Universidad de la República).
- Pellegrino, Adela y Martínez, Jorge 2001 *Una aproximación al diseño de políticas sobre la migración internacional calificada en América Latina* serie Población y Desarrollo N° 23 (Santiago de Chile: CEPAL).
- PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) 2005 *Informe sobre desarrollo humano 2005. La cooperación internacional ante una encrucijada: Ayuda al desarrollo, comercio y seguridad en un mundo desigual* (Madrid: Mundi-Prensa).
- Raghuram, Parvati 2000 “Gendering Skilled Migratory Streams: Implications for Conceptualizations of Migration”, en *Asian and Pacific Migration Journal* (Quezón City, Filipinas: Scalabrini Migration Center) 9 (4).
- Raghuram, P. y Montiel, D. 2003 “Skilled migratory regimes: the case of female medical migrants in the UK”, en Ishikawa, Y. y Montanari, A. (eds) *The new geography of human mobility: inequality trends* (Roma: Home of Geography Publication).
- Rama, Claudio 2002 “La emigración profesional en la sociedad del conocimiento: algunas preguntas sin respuestas”, en revista *Capítulos* (Caracas: Sistema Económico Latinoamericano) N° 65 *Las migraciones internacionales en América Latina y el Caribe*.
- Rodríguez Gómez, Roberto 2005 “Migración de estudiantes: un aspecto del comercio internacional de servicios de educación superior”, en revista *Papeles de Población* (Toluca, México: Universidad Autónoma del Estado de México) N° 44.
- Romero, José Luis 1993 (1965) *Breve historia de la Argentina* (Buenos Aires: Brama Huemul).
- Rosemberg, Martha 2003 “Lo ‘productivo’ del trabajo reproductivo”, en León T., Magdalena (comp.) *Mujeres y trabajo: cambios impostergables* [Porto Alegre, Brasil: Agencia Latinoamericana de Información (ALAI), Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), Marcha Mundial de las Mujeres-AL, Red de Mujeres Transformando la Economía (REMTE)].
- Rowlands, Jo s/f “El empoderamiento a examen” <<http://www.developmentinpractice.org/readers/spanish-readers/yDiversidadSocial/rowlands.htm>>, fecha de consulta: 15/02/2006.
- Sassen, Saskia 2003a “Contrageografías de la globalización: la feminización de la supervivencia”, en *Contrageografías de la globalización. Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos* (Madrid: Traficantes de sueños).
- 2003b (1998) *Los espectros de la globalización* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- Sautu, Ruth 1999 “Modelos de desarrollo, profesionalización y feminización de la mano de obra”, en revista *Papeles de Población* (Toluca, México: Universidad Autónoma del Estado de México) N° 20.
- Sayad, Abdelmalek 1998 (1991) *A Imigração ou os Paradoxos da Alteridades* (São Paulo: Editora da Universidade de São Paulo).
- Solimano, Andrés 2005 “The International Mobility of Talent and its Impact on Global Development: An Overview”, International mobility of talent and development impact project meeting, organizada por CEPAL y el World Institute of Development Economics Research, 26 y 27 de mayo (Santiago de Chile).
- Stolcke, Verena 1999 “¿Es el sexo para el género como la raza para la etnicidad?”, en *Cuadernos para el Debate* (Buenos Aires: Instituto de Desarrollo Económico y Social) N° 6.
- Thorn, Kristian y Holm-Nielsen, Lauritz 2005 “International mobility of researchers and scientists-Policy options for turning a drain into a gain”, International mobility of talent and development impact project meeting, organizada por CEPAL y el World Institute of Development Economics Research, 26 y 27 de mayo (Santiago de Chile).
- Zeballos, José Luis 2003 *Argentina: efectos sociosanitarios de la crisis 2001-2003* (Buenos Aires: Organización Panamericana de la Salud).